



El Patas Chuecas.

Manuel Pontigo Alvarado.

M. Pontigo A. 2006.

Ficha de catalogación.

CR863

P816p Pontigo Alvarado, Manuel

El Patas Chuecas. 1^a. ed.

Cartago : M. Pontigo A., 2006

129 p.

ISBN 9968-9634-0-2

1. Novela 2. COSTA RICA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicado a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© I. Manuel Pontigo Alvarado.

Cartago Costa Rica. Teléfono 552-3618.

e-mail: mpontigo@itcr.ac.cr

ISBN: 9968-9634-0-2

Impreso en Costa Rica.

Para:

Mis amados padres Manolo y Lupita.

Fernando Heros, el tío que me enseñó a amar a los caballos.

Mi amada y paciente esposa Delfina.

Nuestros hijos: Manuel Esteban; Julio Alberto;
Carlos Arturo; Marcelo.

Especialmente para nuestras nietas y nietos con la ilusión de que en cualquier lugar y momento tengan siempre presentes sus raíces.

Y Con mucho cariño para los afortunados que aman a los caballos.

—●—

Cuando un caballero se apasiona por un
caballo su esfuerzo por conseguirlo
solamente se equipara al que haría por la
mujer deseada.

Preparando la jugada.

Don Chano se acercó a la puerta del despacho haciendo una seña con la cabeza a manera de pregunta y en voz muy baja se dirigió al empleado que fungía como contabilista, escribano, secretario y en otros menesteres.

—El Patrón.

El hombre devolvió en respuesta otro gesto señalando la puerta interior y con rápidos movimientos afirmativos daba a entender en lenguaje mímico que El Patrón estaba de buen humor.

Con una tosecilla de prevención penetró despaciosamente al cuarto interior. En tono de saludo se dirigió a un hombre de corte del norte de España, bajo, de extremidades cortas y voluminosas, amplio tórax y más que robusto, que acompañado del hermano menor contaban pilas de billetes. Uno los acomodaba por denominación y con la misma cara al frente y el otro contaba con una velocidad que asombraba. Cuando terminaba una denominación o llegaba a una cifra para cerrar un paquete pulsaba las teclas de una sumadora y continuaba con su labor. El hermano tomaba los montones contados, los acomodaba por denominación haciendo pilas que llevaría al banco a depositar. Chano, conociendo las consecuencias de interrumpirlos esperó a que terminaran diciendo entonces:

—Manolo, vengo con unas amistades interesadas en hacer negocios. —Ignoró al hermano que se veía muy concentrado en su labor, la mirada de éste le aconsejó esperar un poco y adelantando la respuesta les dijo: —vamos a ver el rancho mientras te desocupas. No te apresures, no tenemos prisa.

Sin esperar contestación salió del despacho, dejando a los hermanos con sus cuentas y una interrogación mayúscula.

—¡Lino! —llamó desde el interior de la oficina una voz acostumbrada a mandar y ser obedecida de inmediato.

—¿Mande usted Patrón? —fue la respuesta seguida de un corrimiento rápido de silla, frufú de papeles de una persona que deja el trabajo de escritorio rápidamente.

—¡Dales un tiempo y te me vas a ver que es lo que están haciendo! — en voz más baja, casi para sí mismo completó la orden— ¿quién sabe que se trae entre manos ese cabrón de Chano?

Lino, dándose tiempo, despaciosamente acomodó el trabajo de las mañanas: de registrar las entregas y recolección de leche que la empresa procesaba, embotellaba y repartía en la ciudad de México. Con el pañuelo limpió unos lentes como culo de botella que requería la extrema miopía del secretario. Cada que tenía que hacer un trabajo de escucha limpiaba los lentes, un tanto en broma decía “con los lentes limpios escucho mejor”.

Cuando creyó pertinente salió y cerró el despacho, no fueran a entrar los señores antes de que él entregara el informe. Enfiló hacia el establo y no los encontró, con un pasito corto, rápido y levantando las puntas de

los pies, moviendo la hundida cabeza de un lado para otro, actitud característica de las personas que sufren fuerte miopía se dirigió a la planta procesadora preguntando a los empleados, quienes le respondieron que no habían visto a nadie. Se dirigió a las caballerizas en su búsqueda, levantando insistentemente la cabeza tratando de ver a lo lejos sin resultado. Ya preocupado regresó y tomó un rumbo opuesto, hacia la zona de las casas y el gallinero. Apresuró el paso llegando al gallinero que estaba del despacho como doscientos metros, revisó por atrás, por si se habían dirigido al campo, con la esperanza que no estuvieran muy lejos y pudiera distinguir los bultos sin precisar. Regresó con un semblante de angustia pensando en vos muy baja —¡me lleva...! ¡Don Manolo me va a pendejear!

Al pasar frente a la troje escuchó voces y aguardó prudentemente a la entrada poniendo cuidado en lo que se decía. Al ver que no salían se fue aproximando con parsimonia buscando claridad en la conversación que el inmenso recinto, actuando como diapasón aumentaba. Caminó los ocho metros del túnel que daba entrada a la troje y se acomodó al lado izquierdo, sabía por experiencia que en ese punto se escuchaba mejor. Haciendo uso de su fino oído, facultad que desarrolló debido a la carencia visual. Cuando logró dilucidar lo fundamental de la conversación regresó al despacho.

Abrió la puerta haciendo más ruido que el usual con el objeto de que Don Manolo se diera cuenta de su llegada, cerrando estrepitosamente la puerta.

—¡Lino! —nuevamente retumbó la voz del interior del despacho.

—¿Mande Patrón? —fue la respuesta al mismo tiempo que penetraba al recinto interior.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Don Manolo, sabiendo que Lino le referiría, acertadamente, lo que “Chano se traía entre manos”.

—Además de Don Chano, vienen tres personas. Por los trajes y sombreros parecen del Norte. Hablan de caballos; de una carrera; de que la troje es apropiada; y que cuánto cobraría usted por alquilarles un espacio.

—¿Algo más? —inquirió el patrón.

—Creo que con eso usted puede sacar conclusiones: le quieren rentar un pedazo de la troje para meter unos caballos para hacer unas carreras. Eso fue lo que pude entender.

—¡No se dieron cuenta! —le preguntó Don Manolo en un tono más de afirmación que de interrogación.

—¿Pero patrón? —respondió Lino dando a notar que menospreciaba su especialidad de atisbar conversaciones, haciendo gala de una memoria auditiva más allá de lo común.

Los hermanos habían terminado de contar y registrar los pagos de los vendedores de leche y hacer las fichas de depósito.

—Pedrito, vete al Internacional y le dices al gerente que me pase los cheques en firme. Cuando termines nos vemos en La Especial, mientras voy ¿A ver que quieren estos cabrones? —convenía con el hermano en una forma coloquial muy a la costumbre de los emigrantes españoles de ensartar malas palabras, en ocasiones sin razón.

Don Chano y sus acompañantes se acercaron al exterior de la troje sin asomar, platicaban sentenciosamente sobre la posible reacción de Don Manolo.

—¿Cuánto le podemos ofrecer por el alquiler de un pedazo de la troje? —preguntaba Don Justo, un rico ganadero de Martínez de la Torre, directivo del Hipódromo de las Américas y socio del hipódromo de Tijuana.

—La dificultad está en que acepte tener caballos que van a correr contra gente de Texcoco, es muy cuidadoso con las relaciones vecinales, en el último de los casos ahí queda San Isidro, mi ranchito que pongo a tu disposición —respondía Chano con la esperanza de hacerse del dinero del alquiler.

—Yo preferiría quedarme aquí Don Chano, el carril nos queda a tiro de piedra, la troje está bien resguardada del frío, el piso está embaldosado de ladrillo y sobre todo, es un lugar con una sola entrada. ¡O no, Güero! —le respondía Valente, al mismo tiempo que interrogaba al otro acompañante, quién le respondía con movimientos afirmativos de cabeza.

Valente y El Güero formaban una sociedad perfecta, ambos entendían de carreras parejeras, ambos eran apostadores conocidos en el ámbito de las carreras de caballos y los palenques. Valente se encargaba de las relaciones públicas y el Güero de poner oreja y susurrar al oído del compañero las cosas que pudieran pasar desapercibidas para Valente, además de ser bragado y de de gatillo pronto.

Lo discordante del grupo era la presencia de Don Justo, quién los trataba con la familiaridad que da la confianza. Y precisamente, esto era lo que escamaba.

¿Cómo un personaje de la calidad moral y económica que aparentaba Don Justo se asociaba a individuos apostadores de palenque como Valente y El Güero?

Del despacho salió Pedrito para dirigirse a los bancos y Lino en busca de Don Chano y a sus acompañantes.

—Manolo, te presento a Don Justo, un buen amigo que viene acompañado de Valente y El Güero. —Chano hacía las presentaciones estudiadamente informales.

—Mucho Gusto —respondió Don Manolo al mismo tiempo que extendía la mano y hacía una imperceptible genuflexión que no podía controlar cuando se encontraba en presencia de personas que consideraba ricas o poderosas.

—¡Ya nos conocemos Don Manolo! —una afirmación discreta de Don Justo para subrayar la categoría de su interlocutor—, en las juntas de la Confederación Ganadera. Usted es el presidente de los Ganaderos de Texcoco —pues además, Don Justo era el presidente de la Confederación Nacional Ganadera y Don Manolo un prominente personaje de la Asociación de Ganado Lechero.

Este reconocimiento, que además no era fingido desarmó a Don Manolo. Desde ese momento, ya le podían pedir lo que fuera de lo que iban a tratar, que aceptaría. Pero en tratos de negocios las cosas no deben parecer demasiado fáciles.

—Quisiéramos tratar asuntos que podrían beneficiarnos. Aquí, Valente y El Güero —Don Justo dio espacio a su conversación para que las presentaciones se formalizaran con un apretón de mano— han concertado un par de carreras con unos vecinos de Texcoco que debe conocer, Don Alfonso y Don Aureliano que como sabrá se dedican a las carreras parejeras con mucho éxito.

—Con Aureliano llevamos relación comercial con el Gas y la Gasolinera, pero Don Alfonso así como conocido, conocido, pues no lo es, todo el mundo sabe que es una persona respetable y se dedica a correr caballos en el hipódromo, pero no estaba enterado que además jugaba en carreras parejeras.

Algo intuyó Don Justo en el tono en que Don Manolo expresó la última parte de la frase. Y no estaba equivocado, pues consideraba a los parejeros, gente marrullera a la que debía tratarse con mucho cuidado por su proclividad a la violencia armada.

—De Valente y El Güero ¡Yo respondo!, aunque se dediquen a esa profesión son gente honorable como también los es Don Alfonso. Así es que las dos carreras por cincuenta mil pesos cada una se ha pactado entre personas honorables y bajo las ordenanzas de ley, los dineros están depositados en el Juzgado de Texcoco.

Don Manolo quedó desarmado, no por la perorata de honorabilidad sino porque Don Justo había desnudado sus pensamientos.

—Los invito a comer para seguir conversando —expresó Don Justo al grupo.

—Antes yo invito una botana en Texcoco, pues quedé de esperar a mi hermano y si no es abuso, nos lo llevamos —apostilló Don Manolo.

—No faltaba más Don Manuel —respondió Don Justo tratando de hacer más dubitativo el tratamiento al interlocutor.

—Manolo para los amigos —fue la respuesta.

—Pues Justamente por la misma razón —apostilló Don Justo.

—Chano —Manolo se dirigió expresamente a su amigo— nos vemos en La Especial—. Una vez que el grupo enrumbó hacia Texcoco Llamó a Lino para darle indicaciones.

El Acuerdo.

La Especial era una tienda de abarrotes y cantina cuyos dueños eran un matrimonio de emigrantes asturianos en donde se juntaban los ganaderos, también emigrantes después de hacer sus trámites administrativos o simplemente para hacer tiempo para llegar a sus negocios ganaderos a eso de las cuatro, la hora del ordeño de la tarde. Los parroquianos españoles entraban por la tienda para saludar a Gabriel o Gelines, pedir unas botanas de queso, jamón serrano, aceitunas, anchoas o alguna de las novedades recién llegadas del Terruño.

Llegó Chano con los acompañantes, por costumbre u obligación, El Güero siempre se adelantaba a la comitiva. De una rápida mirada distinguió a un comensal que portaba un sombrero de paja muy alón, una barba canosa de dos o tres días, mantenía jugando entre las piernas un bastón de otate, un puro habano en la boca, (como muchos) y hablaba a gritos (como todos) con una voz rasposa.

—Hombre Dionisio, dichosos los ojos —apresurando el paso y adelantando al grupo estiró los brazos en signo inequívoco de saludo, ofreciéndoselos a Dionisio.

Este se levantó para corresponder el saludo del que tan amablemente le llamaba, se desconcertó por un

momento disimulando se daba tiempo acomodando el bastón sobre el respaldo redondeado de la silla de alambrón, acabó por acomodar la empuñadura en uno de los dos ojuelos que como adorno se les hacía a las sillas de las cantinas de entonces. Reconoció al Güero y correspondió cálidamente al invite.

—Hermano, pues aquí tristiando la vida —El Güero lo abrazó efusivamente con varias sonoras palmadas, sesgando un poco el cuerpo para que Dionisio sintiera el fierro calibre 45 que portaba en la sobaquera, diciéndole al oído—. Venimos con Don Justo y quiere pasar inadvertidos por esta vez en este tú pueblo—. Al buen entendedor...

Dionisio era una de esas personas que habían emigrado de España: por ser el hijo intermedio de una familia numerosa; porque no era agradable al gobierno; porque el hambre que el generalato provocaba al vengarse del empecinado enemigo del norte; por querer correr aventuras; por hacerse Indiano con dinero; por no tener vocación de cura; o como Dionisio, por problemas con la Guardia Civil. En la romería de la Santina un celoso hermano le reclamó los amoríos con la hermana, el Osco Dionisio sacó la rascatripas e hirió al muchacho. Se perdió en los montes de Covadonga que bien conocía, se llegó a la casa, hizo una maletilla con la poco que tenía, del doble fondo de la gaveta de su vetusto chifonier, tomó el pasaporte que había conseguido de manera poco ortodoxa y una buena cantidad de dinero, parte lo entregó a su madre con un amoroso beso diciéndole: “Me voy para las Américas a hacer fortuna”. “Me despides de padre, él te contará porque los dejo tan apresurado” quién también andaba de romería. Se llegó hasta el Puerto de Vigo, mintiendo sobre la edad se contrató en un barco mercante, en donde viaje por medio mundo. Diez años después

decidió sentar cabeza, llegó a Acapulco y se despidió del amado barco que le dio casa y familia. Conoció a una oaxaqueña cuyas únicas gracias eran ser buena compañera, honrada mujer y excelente escucha, de la que se enamoró y se casaron. Haciendo negocios de todo tipo recorrió México de península a península y por fin se avecindó en Texcoco rentando un Ranchito con unas 100 vacas que le mantenía el diario, las extras las conseguía mediante el juego y en la compraventa de todo aquello que pudiera comerciarse. Por este giro conoció a Don Justo sirviendo de intermediario en la venta de unos caballos pura sangre americanos. Dionisio no sabía mucho de caballos, pero su espíritu gitano y honradez en los tratos hacían que la gente confiara en él.

—Es un placer saludarlo Don Justo —extendió la mano que fue estrechada enérgicamente—. Muy buenos aquellos cuacos, vaya a la oficina un día de estos, ahí le tengo algunos negocios. ¿Quiere acompañarnos?—, le invito Don Justo.

—Muchas gracias, si no le molesta, espero a unos amigos —fue la respuesta. A Valente únicamente le saludó de mano.

Juntaron dos mesas redondas en la parte más escondida del recinto, no pidieron esperando a Manolo quién llegó poco después acompañado de Mauricio, un amigo que pertenecía al Deportivo Texcoco, el mismo equipo de futbol en el que jugó Pedrito, y muy buen comunicador, así que la petición forzada que exigió El Güero a Dionisio con Mauricio no valía. Los esperados entraron por la puerta que daba a la tienda seguidos de Gabriel quién había preparado unas lonchas de jamón serrano, del que hacían en Perote que ha decir del bodeguero: “era lo más cercano al jamón de su pueblo,

de ese que hacen para San Martín”; con el pretexto de la fiebre aftosa, se impedía la importación de carnes de las zonas infectadas.

—Bueno señores, en mi pueblo se acostumbra jugar las rondas al cubilete —dijo Don Justo cuando todo el mundo se había acomodado para hacer ver que, en la cantina, en donde todos se entienden a gritos y se escuchan los susurros no era el sitio indicado para tratar asuntos discretos.

Chano se movió inquieto en su asiento, no encontró pretexto para sacar el hombro pues mal que bien los extraños eran sus invitados. No era hábil ni afortunado en el juego y sus recursos siempre eran escasos.

A todo les pareció el campechano ofrecimiento y aceptaron.

—¡Gabriel! —gritó el mismo Chano para disimular su inquietud— un cubilete y lo que pidan los señores— cumpliendo con lo que se espera de un buen anfitrión.

Entre el traca, traca de los datos dentro del vaso de cuero, el golpe de culo sobre la mesa, previo al volcado de los dados, y los gritos de: “pitos”, “números”, “Colores”, “Tercias”, “Pachucas”... Se consumió el licor y se ganó el tiempo exacto, antes de que los espíritus empezaran a poner nubes en las ideas y como casi siempre, Don Chano perdió.

—¡Gabriel! —volvió a llamar Chano, con un rostro encendido y ojos rutilantes por el licor y tristes por la angustia de tener que meter la mano a los profundos bolsones de un corte de pantalón acorde a una espalda estrecha y generoso culo requería una inmensa bragueta que disimulaba con unas botas federicas de suela de goma. Pedrito y Mauricio lo miraban y se miraban entre ellos disfrutando la angustia del hombre. Llegó Gabriel

con la cuenta. Y la billetera se negaba a salir, claro, extraviada en esos bolsillos de árabe.

—¡Gabriel! apúntale la cuenta a Chano, tenemos prisa pues casi son las cuatro— le dijo Manolo al tiempo que le cerraba el ojo indicándole de esta manera, como en otras ocasiones, que él se haría cargo.

—Manolo, usted dirá a dónde comemos, como dije yo invito —recordó Don Justo el ofrecimiento y para finiquitar el negocio. En ese tiempo, había pocos lugares en donde se pudiera hacer una comida de negocios. Don Manolo le respondió.

—Si me permite, mandé comprar barbacoa y mi esposa nos espera en casa —en las instrucciones que dio a Lino incluía el preparar un banquete de barbacoa, avisándole a su esposa Doña Lupita que se preparara para atender a unos invitados importantes.

La señora había dispuesto diez lugares, pues le gustaba estar siempre preparada. Discretamente no se incluyó en el convite.

Se presentaron muy amablemente a la señora de la casa quien ofreció un aperitivo. Manolo indicó que preferían comer y el aperitivo se lo tomarían en la mesa. Ya acomodados Don Justo se dirigió a la dueña de la casa por su nombre.

—Lupita, haga el favor de acompañarnos —la señora intentó una disculpa pero se dio cuenta que sería inútil negarse y aceptó gustosa la invitación a sentarse a su propia mesa. Don Justo, para no abordar aún el tema de la visita prestó toda su atención a Lupita, persona culta con la que se podía hablar de temas variados. Resultó que coincidían en un cariño muy especial hacia lo Andaluz y en particular hablaron de escritores y poetas. Animados dieron fin a la comilona. Lupita

aconsejó a tomar el digestivo en el bar, un lugar más reservado. Pedrito y Mauricio se despidieron, aunque Mauricio se moría por saber: ¿Ha qué venían estos señores con pinta de jugadores de palenque, al Xolache?

Ya en el ambiente apropiado Don Justo empezó a desmadejar el negocio:

—Como le decía, aquí mi compadre —tomando del hombro a Valente— ha pactado un par de carreras en la que se juega una cantidad respetable de dinero. Me acordé de que mi buen amigo Chano tiene un rancho aquí en Texcoco en donde podría atender a los caballos y no obligarlos a moverse en un vehículo que siempre causa problemas. A mí no me mueve otro motivo que ayudar a un par de buenos amigos —volvió la cabeza a Valente al que no había soltado el hombro—. Explícale compadre ¿Por qué prefieres que se cuiden los caballos aquí en el Xolache? —Cediéndole la palabra al amigo que no había participado mucho en las conversaciones.

—Verá Don Manuel, las carreras se pactaron para San Antonio en el Carril del Xolache. Y la verdad nunca me imaginé que este fuera parte de su propiedad —esto no era del todo cierto, pues las carreras se hacían en un trecho que pertenecía al ejido de Chiconcuac que colindaba al sur con la fracción del Xolache, pero Manolo no lo aclaró—. Es decir, no me imagine estar sentado aquí solicitándole que nos permita cuidar cuatro caballos desde la semana entrante hasta un día después de la carrera. Por supuesto que le pagaríamos el alquiler y los gastos.

Don Manuel iba a hablar pero se adelantó Chano, conocía bien al amigo, se había dado cuenta que estaba un tanto deslumbrado por el trato de Don Justo, para con él y Lupita y no les iba a cobrar.

—Aquí Manolo posiblemente no sabría cuanto sería el monto del alquiler —Chano ya había acordado con el trío una cantidad prudente que entregaría a Manolo— Valente, ustedes que tienen más experiencia en estos asuntos, ¿cuánto es lo que se acostumbra? —siguió disimulando.

—Cuando se ha requerido recurrimos a caballerizas establecidas en donde los alquileres son bajos, aquí en Texcoco hay varias, pero el monto comprometido en la jugada es considerable y quisiéramos —se dio cuenta que había hablado por los tres y rectificó— aquí El Güero y su servidor, queremos que el entrenamiento de los caballos sea lo más discreto posible. Por esto, le pediría que nos permitiera hacer las caballerizas en la troje. Por supuesto que correríamos con los gastos.

—En prueba de que realmente nos urge, estaríamos dispuestos a pagarle el diez por ciento de la apuesta, se pierda o se gane —cantidad excesiva para entrar en sospechas, pero a los rancheros les pareció lo más natural, pues se hablaba de mucho dinero.

Mientras Valente hacía la proposición, Chano trató de llamar la atención de Manolo, cuando lo logró le hizo la seña de partir un queso imaginario en la mitad de la mano indicándole “a mitades”. Manolo, para ponerlo nervioso le movía la cabeza negándolo.

Para joder a su amigo, Manolo les preguntó: —Valente, yo no se de estas cosas y me gustaría enterarme como se hacen estas carreras.

—Como sabe Don Alfonso corren caballos en el hipódromo aunque casi siempre en las bajas. Ha criado una yegua que pintaba para buena. Ganó todas las carreras en que jugó. No quisieron pasarla para la quinta y sexta, por miedo a perder prestigio o porque no

contaban con el dinero necesario. Tampoco les convino mantenerla en las carreras bajas por qué, en cualquier momento podría apuntarse en una de remates en donde, sin opción de reclamación, cualquiera podría pujar por la yegua y cambiar de dueño. Entonces nos imaginamos que la pondría a correr en las parejeras.

—Yo tengo una buena caballada para este tipo de emparejes y me pareció buen momento pactar una carrera con la yegua, antes de que aprenda las mañas de correr en el carril.

—Esperé el momento apropiado para comprometer a Don Alfonso a jugar su yegua. En el casino de dueños del hipódromo llegó el momento, se puso a alabar la calidad de su caballada y habló de la yegua. Y que le caigo enfrente de todos sus colegas, “yo tengo un caballo para su afamada yegua” le dije. Y no tuvo más remedio que aceptar el reto y ahí mismo se hizo la carrera. —Así Valente terminó una exposición que había estudiado con Don Justo.

A Manolo, pero sobre todo a Chano no les hicieron falta más explicaciones y decidieron que estaba bien.

—Esta bien, quedemos en el diez por ciento de la apuesta y desde mañana pueden hacer uso de la troje, siempre que no entorpezcan el movimiento diario del negocio —Manolo aceptaba y ponía una única condición.

Chano intervino apresuradamente y saliéndose de lo hablado con los tres extraños, dirigiéndose al amigo —Manolo, que te adelanten la mitad.

—Me parece justo. Tú que dices Valente. —Este último sacó un fajo de billetes y contó cinco billetes de mil pesos que puso estudiadamente sobre el bar frente a Don Manolo.

—Vamos al despacho para hacerles un recibo —les indicó Manolo.

—De ninguna manera Don Manolo, su palabra nos es suficiente —esta afirmación la hizo con sinceridad Valente.

Ya entrada la noche se despidieron. Don Justo se dirigió a Manolo. —Don Manuel, ha sido un placer tratar con usted aunque sea como intermediario entre amigos. Ha sido muy amable y me despide por favor de su amable Esposa Lupita —mostrando con la última palabra la buena impresión que le había producido la dueña de la casa.

Ya solos, Chano le pidió a Manolo su parte, este le entregó cuatro mil pesos diciéndole:

—Me reservo los mil para que no te pierdas, tienes que estar viniendo para ver que necesita esta gente. Y para pagar la cuenta de La Especial.

Los Contendientes.

La Yegua:

Se sabe que el Continente Americano es el origen del caballo desde donde se desplazó hacia los confines de la tierra para desaparecer con los mamut y otras especies. El caballo moderno fue traído por los europeos y campea desde las pampas argentinas hasta las estepas canadienses, para formar junto con los descendientes de los europeos y más directamente de los iberos, el símbolo más típico del criollismo. Una subcultura común al gaucho, al charro, al sabanero y al “cowboy”. Entre estos, es motivo de fiesta el enfrentamiento entre dos caballos en carreras conocidas como parejeras en las que va en juego mucho más que el dinero de la apuesta: el orgullo de los contendores, dueño, jinete, caballo y poblados confrontados.

Don Alfonso, nació con el siglo, hombre con vieja cultura caballera afincado desde siempre en Texcoco. Su experiencia en el cuidado de caballos criollos para carreras parejeras le había preparado para hacerse de una buena caballada. A fuerza de sapiencia y tesón, consiguió muy buenos ejemplares de los que se conocen como pura sangre con los que se mantiene la industria de los hipódromos. Los hijos de este hombre, con más visión y ambición lograron ingresar al hipódromo de Las Américas con resultados excelentes pero modestos

por lo restringido de sus recursos, que pocas veces les permitía apuntarse en las carreras arriba de la quita en que se pagaban muy bien pero también costaba mucho más la inscripción y él mantener un caballo que lograra méritos para tales competencias. El negocio estaba más orientado a producir buenos caballos que alcanzaran buenos precios y correrlos en las carreras bajas esperando que la carrera saliera en los sorteos para ser declara de remate, es decir, los caballos que en ella participaban se subastaban al mejor postor sin que el dueño tuviera derecho a la protesta. Es justo decir que el precio del caballo se tasaba de acuerdo al historial competitivo antes de ser inscrito, así que el dueño podía abstenerse de apuntarlo.

En la caballada de Don Alfonso nació una hermosa yegua, de pelaje alazán tostado y zaino. Afinadita desde los ollares hasta la punta de las crines de la cola. Desde pequeña mostró cualidades de corredora de largas distancias aunadas a un temperamento nervudo. Su nacimiento ocurrió a mediados de abril haciendo pensar a Don Alfonso en la conveniencia de ponerla a competir con los dos añeros o esperar una año más. Por la insistencia de los hijos y la perenne premura de dinero decidieron adelantarla con tan buena suerte que ganó la primera carrera con una ventaja considerable.

Para mala fortuna de Don Alfonso, ese día, contra su costumbre, se apareció Don Justo en la segunda carrera y vio ganar a La Catrina, nombre de guerra muy rancharo que le habían dado a la yegua. La alazana no había cruzado la meta y ya Don Justo bajaba a los corrales para observarla de cerca.

Mientras la paseaban para enfriarla se puso a medirla discretamente de cabo a rabo. Sin dejarse notar, con ojo experto observaba cada detalle de la anatomía

del animal. Pasado la aprobación física Don Justo empezó la psicológica: los “modos” de la yegua; su andadura de larga trancada, el movimiento de las orejas cuando se aproximaban otros caballos, la obediencia al caballero, en fin, todos los detalles de un caballo que únicamente los expertos con intuición logran percibir o adivinar.

Ese día no se hizo presente en la oficina, cosa bastante notoria, ya preparaba como el hacerse de la yegua y no era conveniente que lo vieran rondando una caballada ajena. Don Justo, se había encaprichado de La Catrina. Por ella, como si fuera un apasionado joven, haría lo que fuera necesario para conseguirla.

Se hizo el encontradizo en la cuadra de Don Alfonso, y así como quién no quiere la cosa se acercó a observar la yegua precisamente cuando el dueño con uno de sus hijos se acercaba a la caballeriza a embelezarse con su Ganadora.

—Hola Don Alfonso, hace mucho tiempo que no nos veíamos —fue el saludo de Don Justo.

—Buenos días tenga usted. A que debemos el milagro de que se acerque a la casa de los pobres —fue la respuesta del hijo de Don Alfonso, un poco fuera de lugar, pues Justo tenía por costumbre dar una vuelta por las caballerizas del hipódromo durante la temporada de carreras, siempre amable, dispuesto a escuchar y a atender a la gente sin importar su trabajo.

—Aquí como todos los días, lo que ha pasado es que no coincidimos en los mismos lugares —rectificaba la contestación que le habían dado, que también le pareció dura a Don Alfonso, persona chapada a la antigua y educada a ser gentil.

—Venga Don Justo, le voy a presentar a una ganadora —respondió Don Alfonso henchido de orgullo, tomándolo por el codo dirigiéndolo hacia la caballeriza de La Catrina. En parte para suavizar la grosería del hijo y en parte para hacerle ver, por si acaso, que no tenía ni la más mínima intención de deshacerse de la yegua.

Don Justo disimulando volvió a repasar todos los detalles, después de un buen cuarto de hora les dijo — que hermoso animal, si piensan venderlo, me avisa, la yegua me gusta.

—Por el momento no es nuestra intención —respondió un prevenido Don Alfonso, adelantándose al impetuoso muchacho que había visto la oportunidad de conseguir un buen dinero que les hacía mucha falta.

Los señores siguieron conversando de situaciones del hipódromo y caballos que es el tema obligado entre dos caballeros. Cuando se dieron la mano Don Justo recordó: —les repito, si piensan vender la yegua, me avisan, de alguna manera nos arreglamos —para que quedara en la mente del muchacho, pues el viejo sería difícil de convencer que se deshiciera, como corredor de caballos de carreras: de una ganadora; y como criador de un magnífico vientre. Se despidieron y cada quién a sus obligaciones.

Don Justo encargó a su secretario y asistente que se mantuviera vigilante de las carreras en que corriera la yegua de Don Alfonso, le entregó un cheque en blanco con la consigna de adquirir la yegua a cualquier precio cuando saliera a remate.

La yegua seguía en primeros lugares subiendo dos veces más a las carreras alta, una la gano pagando los pesos a cinco tantos, la otra llegó en tercero debido a un

fuetazo que mañosamente le asentó cerca de las anteojeras un jinete contrincante. La carrera se protestó pero no se llegó a probar la acción.

La última vez que se apuntó la Catrina en el hipódromo fue en una tercera. Al momento de que los caballos se presentaban ante el público, un caballo capón que hacía su primera carrera, se encabritó descomponiendo al pony que lo arrendaba cargando sobre La Catrina a la que le pisó en una caña provocándole una fea herida. El veterinario de turno le firmó el parte que indicaba la imposibilidad de correr, necesario para que les regresaran en dinero de la inscripción. Era el día tan esperado por Don Justo, la carrera se declaró de remate pero La Catrina no llegó al arrancadero.

Don Alfonso, juiciosamente decidió no volver a arriesgarla en el hipódromo y dedicarla a las carreras parejeras: adquiriría menos recursos pero no arriesgaría a su preciada Catrina.

—Se nos fue la oportunidad —informaba el secretario de Don Justo, la carrera se declaró de remate pero la yegua no entró a la competencia, la lastimó un caballo. Don Justo, contra su manera de ser, se encolerizó. Al siguiente día decidió hacerse presente por las caballerizas de Los Arénalo en el momento que sabía encontraría al hijo.

—Hola Manuel, como has estado. ¿Tú papá?
—saludó extendiendo la mano.

—Hoy no vino, se quedó preparando la caballeriza para La Catrina, ayer se nos lastimó y la vamos a curar en el rancho. Es posible que no regrese pues papá decidió pasarla a las carreras de carril —fue la explicación del joven entrenador.

Se encaminaron a la caballeriza de La Catrina para ver el daño que el animal había recibido. La yegua manqueaba lastimosamente, aun con el calmante. Manuel le explicaba que la herida era aparatosa y había sangrado mucho pero que no había daños que le mermaran facultades. Cuando más le quedaría un lunar blanco en la herida.

Don Justo sinceramente se alegró aunque le hubiera convenido más que la Catrina quedara inutilizada para correr, pues sus intenciones era poseerla: para correrla; para sacarle la mayor cantidad de crías; o simplemente para regalarla si así se le ocurría. ¡Era su empecinado capricho!

—Manuel, dile a tu papá que aún me interesa el animal, que le ponga precio, tal vez nos convengamos—, extendió la palma de la mano a la que el joven respondió de igual manera.

Manuel volvió a insistirle a su papá sobre la venta de la yegua. Pero Don Alfonso se había enamorado de su Catrina y le respondió agriamente:

—La Yegua no se vende. Puedes decírselo a Don Justo y a cualquier otro.

A los días Manuel pasó el recado. Don Justo quién hizo un entripado que no lo demostró. Se juro: si no puedo adquirir la yegua, al menos buscaría la manera de que los dueños de la Catrina le sacaran el enojo.

El Caballo:

Al enterarse por boca de Manuel que la yegua correría en carreras parejeras, al que también era aficionado y participante por intermedia persona, Don

Justo mandó llamar a su socio y amigo para estos menesteres.

—Hoja Justo ¿para qué soy bueno? —fue el saludo que le hizo Valente en el casino del Hipódromo a donde fue citado. Sin preámbulos, como personas que se tratan frecuentemente y tienen asuntos urgentes Don Justo le anunció.

—Necesito un caballo ganador que baje con mucho el quinto —frase que Valente entendía perfectamente.

—¿Para qué, sí se puede saber?

—Para enfrentarlo a una yegua muy buena que anda corriendo por el rumbo de Texcoco —la directa respuesta.

—¿No será una que le dicen La Catrina? —Valente anticipó los pensamientos de su socio, haciendo patente el conocimiento que tenía del negocio.

—¡Precisamente esa! —respondió Justo.

—¡Va a estar duro patrón! —terció en la discusión El Güero—. ¡La yegua es muy buena!

—¡Pues por eso los mande a llamar! Valente, búscate un caballo ganador que no sea conocido por estos rumbos. ¡Y la manera de hacer la carrera con los dueños de la yegua! Don Alfonso es una persona muy gentil, parsimoniosa, pero duro de pelar, es preferible que trates con alguno de los hijos, son más aventados y avariciosos —sentenciaba Justo—. Ahora sí, tomemos una copa y vamos a ver las carreras, tenemos uno en la sexta y otro en la séptima —dando con esto fin al inicio del negocio.

Valente y El Güero se dieron a la tarea de buscar un caballo con las condiciones que exigía Justo y más si

era posible. La tarea no era fácil, en las carreras parejeras hay individuos que pueden llamarse con toda razón, profesionales, conocen a caballos, jinetes, entrenadores y dueños. Corrieron y recorrieron carriles sin encontrar al animal que cumpliera las características, ya se desesperaban en no dar con alguno que se acercara. Un día, después de una carrera en Culiacán a donde fueron a ver un caballo que estaba cogiendo mucha fama, pero no acercaba ni a los talones de la yegua. Al Güero se le ocurrió una salida que por obvia se les había escapado:

—¿Y el Patas Chuecas? —expreso sin mucho convencimiento.

—¿Cuál Patas Chuecas? —respondió aireado un frustrado Valente.

—Ese que usted llama Clavileño —aclaró El Güero.

—¡Como crees! él caballo es muy conocido. Lo tenemos “robando” en Veracruz, en las ferias de los pueblos y vendiendo saltos. Además ya esta muy viejo —sentenció Valente.

—¡Pues por eso! Un caballo marrullero para una yegüita tierna. Nadie le ha ganado ni creo que le gane —expresó El Güero en el mismo tono sentencioso.

—Umm... creo que tienes razón: Tenemos Carrera. Nos regresamos de volada. Le informaré a Justo mientras te preparas para irte a Minatitlán a traerte al caballo con todo, le pediremos el camión a Justo, acuérdate que al caballo no le gustan los remolques.

Clavileño, había nacido hacía poco más o menos doce años en un rancho de las costas de Tamaulipas cercano a la frontera con Texas. Los dueños eran una pareja de jóvenes profesionales, él graduado de la

Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo; ella en la facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad Autónoma de México, él originario de Tamaulipas, ella de Chiapas. Cuando se casaron, el padre del muchacho les obsequió un Rancho de unas sesenta hectáreas, sembrado de cítricos y una cuadra de caballos criollos en los que destacaba una yegua colorada. Con ilusiones decidieron emprender la aventura de criar caballos Cuarto de Milla que empezaban a tomar auge en México en donde ya se pensaba en una asociación. La muchacha consiguió un préstamo con su papá para comprar un salto de un caballo afamado, por entonces, en el Valle de San Fernando en Texas donde corría un caballo de la línea de los “Tri Bar” que llegaría a cotizarse muy alto. Se prepararon, consiguieron permisos, contrataron el salto y cuando la yegua estuvo a punto, la pareja la subió al remolque y la llevo a preñar.

A los once meses les nació el esperado potrillo, tornándose en el foco de atención de la familia. El animalito fue creciendo sin mostrar nada especial, juguetón como los potrillos, muy vivaz y de enérgicos movimientos. Fue despeluzando en un alazán oscuro; dos albo posterior muy pegadito a los cascos; lucero; ancho de ancas; de pecho amplio; lomos fuertes; una cabeza de poderosas mandíbulas un tanto pesada; clavado de agujas; de cuartillas muy cortas; de cascos delanteros casi patimuleño; pero de posteriores blancos y desparramados y un poco estevados característica que lo señalaría en el círculo de las carreras parejeras.

A medida que crecía iba mostrando un entendimiento por arriba de lo normal aunado a un poder en el arranque, excepcional. También sus defectos se le fueron acentuando, sobre todo el de los cascos posteriores al grado de que tuvo que herrarse

temprano para tratar de corregir el defecto. La decepción se fue apoderando del dueño, no podría guardarlo para semental y nadie con experiencia lo usaría para lo mismo, por esto decidió castrarlo. Angelita, la esposa se opuso terminantemente arguyendo que el caballo sería excepcional. —Mujer, lo ves con los ojos del alma —le decía el esposo y ella asentía con la cabeza remarcando—. Así vemos las cosas las mujeres.

A insistencias de Angelita, que decía a su esposo —ese caballo va a ser como Clavileño, El Del Quijote, la gente lo verá hecho de madera pero yo sé que volará en el carril.

—Eso crees tú, pero yo tengo mis dudas, pero que sea Clavileño —terminó la conversación el molesto esposo.

La señora lo domó sin problemas, aceptó a la jineta sin reparos. Ella aprendió que Clavileño respondía a la rienda siempre que se le llamara con gentileza, de otra forma se encabritaba.

En las carreras del Norte se empezaba a utilizar los partideros metálicos llamados gateras y el sillín como en las carreras de hipódromo, tal como se hacía del otro lado de la frontera. Por el embarazo de su primogénito Angelita tuvo que dejar el final de la doma al corredor que el caballo acepto sin inconvenientes hasta que tuvo que entrar a la famosa gatera. No le gustaban los sitios cerrados y el ama lo sabía bien y siempre temió este momento, pero el caballo entró resoplando de nervios: la voz del ama y el buen trato del jinete lo fueron tranquilizando. Cuando llegó los dos años se convino la primera carrera del otro lado de la frontera.

Ese día, Valente y El Güero tenían convenidas dos carreras en el mismo lugar, las dos las ganaron. Desde que Valente vio a Clavileño, supo que el caballo tenía madera de ganador, tal vez lo vio con los ojos del alma como la dueña. El caballo entró tranquilo a la gatera tranquilizado por las palabras del ama quién no se le despegaba. El jinete se fue poniendo nervioso tensando sin querer las bridas de Clavileño, el caballo empezó a sudar y a resoplar al sentirse presionado y definitivamente se desconcentró. Sonó el timbre, se abrieron las puertas de la gatera. Clavileño tardó en reaccionar y el jinete movió el fute. El caballo arrancó tan violento que desacomodó “jockey” que por instinto de conservación lo frenó. El caballo triscó el freno y a correr para alcanzar al contrario que se le iba. Recuperó unos seis o siete cuerpos que no fueron suficientes para alcanzarlo en cuarto de milla de la carrera.

Valente y El Güero no le perdieron movimiento. Cuando paso como exhalación por la meta se volvieron a ver, en un acuerdo de muda aprobación que con los años habían desarrollado. No hablaron del caballo hasta que dejaron el campo.

Decidieron hacerse del animal, pero consideraron que el capital no les alcanzaría pues revisando el los registros, por el nombre del dueño supieron quien era el padre. Valente y El Güero decidieron buscar a Don Justo para ofrecerle la sociedad del caballo. Se llegaron a la hacienda en Martínez de la Torre con la esperanza de encontrarlo. Por esos tiempos, Justo no era un personaje tan ocupado y los recibió, comentaron del negocio y Justo les extendió un cheque firmado en blanco. Desde ese momento, se creó la sociedad de Justo, Valente y El Güero, sin otra garantía que la palabra.

Se llegaron al Ranchito donde Clavileño se convertía en algo más que un problema físico para los esposos. La pareja no se extrañó, pues era parte del negocio vender caballos. Después de las presentaciones, la visita a las instalaciones, algo de historia de la caballada el joven dueño preguntó:

—Y que caballo les gusta.

—El que llaman Clavileño —respondió Valente.

—Permítanme un momento, ese es de mi esposa Angelita. —El joven solicitó permiso, nunca pensó que algún conocedor como parecían ser los señores se interesara por un caballo con los defectos de Clavileño y no estaba preparado para la oferta.

—Angelita, adivina a quién quieren comprar los señores —anunció el esposo para suavizar el impacto.

—¡A Clavileño —respondió palideciendo, pues por ningún otro caballo su esposo le hubiera consultado.

—Así es, no es que no haga falta el dinero, pero el caballo nos está dando muchos problemas.

—¿Qué te parecen los señores? —preguntó Angelita.

—¡Muy conocedores. Posiblemente le han visto las facultades que tú le ves. Estos señores serán capaces de hacerlas aflorar.

—Vamos a hablar con ellos —se animó la señora.

Después de los saludos y atenciones Angelita les preguntó:

—¿Y por qué les gustó Clavileño?

—Nos parece que es un excelente caballo para las carreras parejeras y hemos decidido invertir nuestros

ahorros en él. Es una ilusión o un presentimiento, Creemos que es como el caballo de madera en aquella aventura del Quijote y Sancho Panza: Lo hicieron de madera, pero solo ellos sabían que volaba, tal vez por eso le llamaron Clavileño —respondió con sinceridad estudiada, pues Valente se había dado a la tarea de investigar el nombre y le llamó la atención ese pasaje del Quijote.

Atónitos quedaron los esposos. El joven empezó a dudar en vender el caballo, pues que dos personas que no se conocían se expresaran de la misma manera parecía un buen augurio. Pero Angelita sin esperar les respondió:

—Dos condiciones pongo para venderlo: la primera es que se pague lo que vale y la segunda que cuando ya no les sirva y quieran deshacerse de él, nos avisen para, si es posible recuperarlo. Si las aceptan Clavileño es de ustedes —nuevamente se desconcertó el esposo pues nunca esperó tal reacción de Angelita.

—Y ¿cuánto vale el caballo? —preguntó El Güero un tanto apresurado.

Angelita se dirigió a Valente indicándole la cantidad que era poco más o menos cinco veces el préstamo que les había hecho el papá y que nunca les cobró.

Valente estaba preparado y le pareció equitativo, al Güero le pareció excesivo. Pero los tratos de dineros eran de la exclusividad de Valente.

—Como comprenderá no traemos tal cantidad en efectivo, pero nos acepta un cheque de Don Justo, que tiene una Hacienda en Martínez de la Torre.

—Claro, no desconfiamos de la solvencia de Don Justo —confirmó el esposo—. Ni de la formalidad de ustedes —abundó Angelita.

—Ya se firmaron los papeles y Clavileño tiene nuevo dueño. Tres cosas les quisiera pedir —solicitó Angelita siempre dirigiéndose a Valente—. Qué nunca lo castre; Qué no le cambie nombre; y en lo posible nos tenga informados de la vida de Clavileño.

Valente sin sentirse comprometido acepto las peticiones. Y así lo ha hecho: el caballo es un semental solicitado, sobre todo en los pueblos después que lo ven corre. Siempre le llama Clavileño; al principio, después de cada carrera enviaba, al menos una postal a Angelita con un breve detalle del evento, después, poco a poco los comunicados se fueron alargando hasta desaparecer.

Antes de despedirse, Angelita les advirtió: —Clavileño es como una prima dona, tiene sus excentricidades, no le gusta que le ataquen el freno, le piquen con las espuelas, ni los lugares estrechos, así que les sugiero que lo transporten en camión abierto.

Valente y El Güero lo sabían desde que lo vieron correr y tenían previsto nunca meterlo a una gatera. Valente le contestó: —Gracias por la advertencia, un animal puede quedar inutilizado si no se le trata adecuadamente.

El equipo.

Valente y el Güero volaron de Tamaulipas a Guadalajara y de ahí por automóvil hasta Lagos de Moreno en donde tenían su cría caballar. Inmediatamente dieron instrucciones para acondicionar una amplia cuadra con mucha iluminación, contratar al

camión que haría el transporte y lo más importante: designar al equipo que entrenaría y correría al caballo.

Para entrenar a Clavileño habían pensado en el viejo Masín, un hombre originario de Veracruz y muy conocedor del temperamento equino y como ayudante a Jesús, un joven rubiecillo, de unos quince años que había nacido en el rancho que apodaban el “Chuy”, el mismo entrenador podría ser el corredor. Los mandaron a llamar para informarles que prepararan para ir a Tamaulipas por un caballo que habían comprado y que saldrían al amanecer.

—¿Quién va a manejar la camioneta con el remolque? —preguntó Masín.

—Lo van a traer en camión y abierto. Llévense las anteojeras, una camisa grande y abrigadora para el caballo, y una buena manga por si les llueve, pues uno de ustedes tendrá que venirse atrás acompañando al caballo y no creo que conveniente que sea el Chuy. El viaje lo hacen sin parar, así que lleven baldes y canoas para agua y comida —fueron las instrucciones de Valente entregándole a Masín un fajo de billetes para los gastos.

—¡Putá madre. Nos compraron una delicadeza! —exclamó el Viejo Masín en la más pura jerga alvaradeña, de donde era originario.

—Así es, Masín, una delicadeza que nos va a hacer ricos. Tan seguro estoy de ello que además del sueldo, van a ganarse el dos por cien de lo que gane Clavileño, que así se llama el caballo —les anunció Valente, desconcertando incluso al Güero pues su socio no era tan dadivoso.

—¡Qué pinche nombre! Parece de toro de lidia más que de caballo. Pero gracias por el envite y esperamos que no nos salga como su socio —contestó el viejo en tono malicioso señalando con una torcida de boca al Güero.

—¿Cómo, qué como yo? —preguntó molesto el atacado.

—Que el tal “Clavijero” no vaya a salir como usted... ¡Güero! —fue la explicación del viejo.

Hasta el Chuy entendió la doble intención y reía a carcajadas; mientras que al Güero no le había caído el veinte, con la mirada pícara Valente le explicó al refunfuñante socio: —¿Pues como salen los huevos que no hacen pollitos?

—Pues güeros —respondió el socio al que se le había abierto la mollera

—¡Ha pinche viejo, siempre con tus bromas veracruzanas! —aceptó la chanza.

Sin tropiezos llegó Clavileño Al Temozón, el rancho de Valente y El Güero para iniciar su vida gitana de corredor de parejeras, al cuidado de Masín y el Chuy, y acompañado de tres o cuatro caballos más.

El Cuatro.

Valente y El Güero empezaron a hacerse presentes en todas las carreras del centro de la república, en especial en los carriles del Distrito Federal y cercanos. Por supuesto no se perdieron ninguna de las carreras de los caballos de Don Alfonso pudiendo medir bien a los contrincantes, sin faltar el cronometraje. Para esto, la estrategia era simple:

Por supuesto usaban dos cronómetros de la misma marca de un minuto. Cuando consideraban que los caballos estaban listos para la partida El Güero se iba acercando al partidero tratando de no crear sospechas y Valente en la línea de llegada. Cuando el caballo cruzaba la línea de partida El Güero arrancaba el su cronómetro al pasar por la meta Valente arrancaba el suyo. En la confusión, en donde todo el mundo se va atrás de los caballos, El Güero a paso rápido se dirigía a la meta y Valente hacia la salida. Cuando se encontraban buscaban un lugar reservado en donde El güero entregaba su cronómetro a Valente y este discretamente esperaba a que su cronómetro llegara a cero para oprimir las cabezas de ambos cronómetros simultáneamente. Después de cobrar o pagar apuestas cotejaban el tiempo que quedaba fijo en el cronómetro del Güero. Si había más de una carrera llevaban dos o más cronómetros. De todas las carreras llevaban apuntes

de: caballos, tiempos, jinetes, dueños, estado del carril y cualquier cosa que les pareciera de importancia.

Valente y el Güero eran muy conocidos en el ambiente y difícilmente pasaban desapercibidos. Se les conocía como legales en los tratos y con mucha suerte, según los contrarios, cosa que los beneficiaba, apostaban contra ellos en espera de que la buena fortuna los abandonara. Pocos los consideraban muy conocedores de su negocio. Sin ambages se acercaban al vencedor o al vencido según les conviniera, para observar y elogiar al caballo, al jinete, al entrenador, al dueño o a todos juntos, y en el momento conveniente “poner el cuatro” de manera tan sutilmente tejida que el interfecto no podía negarse. Inmediatamente depositaban un adelanto con alguna de las personas honorables que actuaban de jueces o de probada honradez quedando de verse en algún juzgado para formalizar el encuentro si fuese necesario. Por sistema, apostaban por intermedio de dos o tres corredores muy discretos, nunca lo hacían personalmente.

En dos carreras midieron a los caballos de Don Alfonso, en ambas corrió La Catrina; los tiempos y la manera de correr los preocupó, pues bajaba los “quintos” en las seiscientas varas.

Mientras, El Patas Chuecas, aunque parezca una incongruencia, era cuidado para que aparentara descuido en una caballeriza de segunda en Xochimilco. De Veracruz llegó un poco panzón por la dieta de pastos tropicales que le daban para que los rancheros entraran al juego de la competencia y por los excesos de montas. Ahora lo cuidaban para aumentar la panza restringiéndole la dieta a un poco de cebada, algo de maíz y mucha paja de avena y cebada de la que quitaban la espiga, se le bañaba todos los días para que

el pelo se pusiera hirsuto con el frío y por supuesto, no se le pasaba almohaza, cepillo o ayate. La caballeriza se limpiaba minuciosamente pero el estiércol se dejaba en la parte de atrás para producir mosca que lo molestara y se pusiera el pelo hirsuto. Después de dos meses con esta dieta, el caballo estaba listo para dar el “palo”.

En una carrera, en donde un texcococano llamado Aureliano, que por entonces se iniciaba en los juegos de parejeras con caballos cuarto de milla importados Valente y El Güero decidieron hacer su jugada, suponiendo, acertadamente que llegaría Don Alfonso o alguno de sus hijos.

La primera carrera la perdió Aureliano, pero la segunda la ganó con un caballo de color bayo, de los que los americanos llaman palominos. Como era su costumbre, Valente y El Güero se acercaron al ganador elogiando la carrera. Aureliano, que aún no los conocía bien les dio entrada a este par de leznas. Tomaban tragos y platicaban animadamente cuando Aureliano observó a Manuel el hijo mayor de Don Alfonso, y lo mando llamar.

—Mire Valente y Don Güero, Manuel es paisano, y también se dedica a las carreras parejeras, tienen una yegua que ya diera yo la mitad de mis caballos por tenerla —Aureliano hizo las presentaciones.

—Ya conocemos a Don Manuel, nos presentaron hace tiempo en una carrera en el Carril del Xolache —le respondió Valente, al mismo tiempo que estiraba la mano para saludar a Manuel.

—Claro que ya nos conocíamos Aureliano, los señores también corren caballos por el rumbo del Bajío y Jalisco. Si mal no recuerdo son de Lagos de Moreno, según mi compadre Hermidio el Sordo a quien le

compramos una yegua del Temozón, creo que así se llama su rancho. Pero eso que dice Don Aureliano de nuestra yegua es una exageración —aclaraba Manuel, haciéndoles ver que los conocía bien como para ser sorprendido y minimizando la valía de la yegua, esperando que esos conocedores de Los Altos picaran; Manuel, con sobrada razón, le tenía mucha fe a su Catrina.

—Ya lo tenemos —pensó Valente— hay que esperar el momento. —Siguieron las copas, los invites y los elogios mutuos, El Güero socarronamente hacía que tomaba mucho pero tragaba poco, uno de los dos debía estar despejado. Aureliano un poco achispado volvió a alabar a La Catrina. El Güero con un guiño de ojos hizo señas a Valente ¡que era el momento!

Hablando balbuceante, como si se le hubieran pasado los tragos, Valente tiró el buscapiés dirigiéndose a Aureliano: —Si la yegua es tan buena como dices, correría por unos milesillos de pesos contra un caballo viejo que tengo aquí por Xochimilco.

—Que la yegua es buena ¡es buena!, pero yo no puedo disponer de ella, pero aquí Manuel le aguanta la parada. ¿O no compadre? —el licor los encompadró y Manuel juiciosamente preguntó— podemos ver al Caballo—. No creía que algún caballo fuera muy superior a La Catrina, pero no podía ponerla a correr con un matalote, se desprestigarían.

—Claro ahora mismo —respondió engallado Valente— Don Aureliano y Don Manuel, vénganse con nosotros, después los llevamos a donde quieran.

—No es necesario, mi hijo nos sigue —respondió Aureliano.

Cerca de ellos estaba el licenciado Durán, haciéndose el desentendido pero sin perder palabra, también texcocano y muy de acaballo.

—Véngase licenciado, vamos a pactar una jugada aquí con los señores —le dijo ya balbuceante Aureliano.

—Es que vengo acompañado —respondió señalando con un gesto a varias personas.

—Pues tráigaselos —respondió Aureliano.

Salieron como a las tres y media de la tarde del carril, después de una hora recorrida llegaron a las caballerizas.

El Güero se bajó a llamar a un portón de lámina pintado de negro. Salió una mujer a ver quién tocaba tan exigentemente.

—Don Güero, enseguida llamo a mi esposo que les abra, pero pase.

Entró El Güero a buscar a Masín diciéndole con apremio: —viejo, piérdete, tenemos un negocio y a ti todos te conocen. Mándame al hermano del Chuy con el caballo.

—¿Cuál caballo?

—¡El Patas Chuecas!.

La comitiva entró con gran alboroto de motores a estacionarse en un amplio patio y conversando a gritos del alcohol que se iba adueñando de la situación.

—Coyol llévate al Patas Chuecas al patio, unos señores lo quieren ver si te preguntan el nombre dices El Clavileño —ordenó el entrenador a un muchachillo de unos catorce años, rubio, chaparrito y delgado, del

estilo de los jalisquillos de los Altos. El muchacho se perdió entre las caballerizas. Regresó con él penco jalado con un almartigón.

Después de unas cuantas vueltas y detenciones Aureliano preguntó: —¿le pueden abrir la boca? —tirándoselas de conocedor, pues a leguas se veía que el caballo era viejo.

—¿Para qué? —Preguntó El Güero, se ve a la legua que el caballo es viejo.

—Ábrele la boca —ordenó Valente. El muchacho le obedeció agarrando al caballo de los asientos y del labio superior para que mostrara el marfil.

El exceso de grano en el cuido, había adelantado la edad del caballo en unos dos años, así que parecía de doce a trece. Curiosamente, el caballo tenía embetunados los cascos embadurnados de grasa y las cañas cubiertas con unas vendas rojas.

Aureliano siguió con sus fardada de conocedor hacía disimuladas señas de entendimiento a Manuel, como si este no fuera capaz de saber la edad y condiciones del caballo.

—Tenemos que tenerlo vendado y encamisado, como ven ya es viejo —anunció Valente—. Quítale la camisa, que los señores no se den a engaño —terminó diciéndole al muchacho. Este ayudado por El Güero le quitó la cubierta al animalito que pacientemente y con la cabeza casi al piso se dejaba hacer.

El Sordo Hermidio, un texcocano que se dedicaba a la compraventa de equinos, muy de acaballo y aficionado de hueso colorado a las carreras parejeras, observaba detenidamente al caballo, sentía que le era conocido. Una habilidad nata y el ejercicio de su

profesión le permitía recordar, por sus características a caballos extraordinarios. Un poco por su sordera y más por la concentración para recordar, se sustrajo a las conversaciones concentrando su atención en el caballo al que le escudriñaba cada palmo de piel y cada movimiento.

Manuel, no muy convencido por los consejos de Aureliano revisó concienzudamente al caballo. Lo palpó, en el anca, los pechos, los brazuelos sin notar nada extraordinario, tal vez unos músculos flácidos. Se alejó unos metros y pidió al caballerango que le levantara la cabeza y le hiciera caminar unos pasos.

El joven obedeció, el caballo caminó cansinamente, hasta arrastrando las puntas de los cascos anteriores por la tierra.

—Detenlo y levántale la cabeza —pidió Manuel. Quería estar seguro que había observado que el caballo era exageradamente clavado de agujas. Situación anatómica, que a su juicio, le quitaba aire para distancias largas.

—¿Qué me dice, Don Manuel? —preguntó Valente.

—Pues no sé, tendría que tomar el parecer de papá —respondió Manuel.

—¿Qué le vas a preguntar a Don Alfonso? Qué... ¡No te deja hacer tratos! —le animó de manera retadora Aureliano.

—Para que se anime y valga la pena Don Aureliano, aquí tengo un potrillo nuevo que no ha probado el carril, así la hacemos doble de una vez —le atosigó Valente ordenando al muchacho—. Coyol, ve a traer al Gitano. El Coyol regresó retiro al alazán y regresó con un potro

de dos años recién cumplidos de color negro brillante, tres albo, muy afinadito.

Y Aureliano picó, el alcohol no lo dejó ver más allá que la imagen de su palomino, diciendo envalentonado: —¡que vaya contra el ganador de esta mañana!

—Don Aureliano, esta dura la jugada. Ese gringo suyo es un caballo muy poderoso y El Gitano, apenas empieza. Pero que no se diga que no queremos, la hacemos si mí caballo viejo corre contra La Catrina de Don Manuel.

—La Catrina contra su caballo el alazán y mi palomino contra el prieto y cada carrera por cincuenta mil pesos —fue el envalentonado resumen de Aureliano.

—El silencio de Manuel hacía pensar que estaba de acuerdo.

Valente no esperaba ese desafío, lo pensó hasta que El Güero le guiñara discretamente dos veces los ojos apremiándolo a aceptar.

—Está bien, aquí tengo lo que me dejó su cuaco Aureliano, veinte mil pesos en señal de trato —metió la mano a las bolsas sacando un fajo de billetes— ¿a quien se los doy?

—Al licenciado Durán, respondieron varios texcocanos al unísono.

Valente se acercó al licenciado y contó los veinte mil pesos sobre la mano del licenciado.

—En este momento no traigo esa cantidad respondió Manuel, pero mañana a las doce nos vemos en el despacho del licenciado en Texcoco para formalizar la apuesta.

Echando facha, Aureliano sacó de la bolsa los cincuenta mil pesos, apuesta y ganancia de la carrera de la mañana —Aquí está mi parte licenciado y que se juegue para el día de San Antonio en el carril del Xolache —hablada que hizo sin consultar a su compañero Manuel y contra lo correcto que sería dejar que Valente decidiera lugar y hora puesto que fue retado por Aureliano.

En este momento, Hermidio salió de su abstracción con la responsabilidad de informarle a su compadre Manuel de sus inquietudes. Discretamente se acercó al joven, tomándolo del codo lo retiró del grupo diciéndole:

—Ese alazán se me hace conocido. No lo he podido ubicar en momento o lugar pero presiento que es un muy buen corredor.

—¿Estás seguro? —preguntó Manuel.

—¡Seguro, seguro... No! Y es lo que me está incomodando. Siento aquí adentro —Hermidio se tocaba el pecho —que conozco al animal por bueno, pero de hace mucho y la memoria no se me aclara.

—¿Será mejor que la Catrina? —preguntó inquieto Manuel.

—No puedo responderte con certeza. Pero si siento que es muy bueno —le hablaba a Manuel de frente para poder ver la boca a su interlocutor.

—¡Hay Hermidio! Me hablas tarde y necesitaría cosas más firmes para poder deshacer el compromiso.

—Papá, qué le cuenta al Tocayo, ya no lo enrede. —Habló a voces el hijo de Hermidio viendo llevaban rato hablando apartados del grupo—. Es que le ha dado

por hablar de sus tiempos de su juventud—. Con el comentario, Manuel dejó de preocuparse, haciendo evidente la intención de regresar al grupo. Hermidio aun lo retuvo diciéndole:

—Un presentimiento me dice que debes preparar a La Catrina para competir con lo mejor, en cuanto me llegue la luz te informo donde y cuando vi correr a ese caballo. Voy a conversar con tú papá para ver si con su ayuda lo ubico— soltó al Hijo de cu compadre quién regresó al grupo que estaba finiquitando detalles.

—Que así sea —respondió Valente repitiendo para que se entendiera correctamente y el licenciado Duran fuera preparando el documento— el día de San Antonio de este año, en el carril del Xolache, presentando al palomino de Don Aureliano y El Gitano de su servidor a las once de la mañana—. Aureliano pretendía que su caballo corriera en la carrera principal ignorando la categoría de La Catrina que sí respetó Valente.

Se desbarató la comitiva, algunos texcocanos enrumbaron para el pueblo, otros acabaron de celebrar en alguna cantina del camino. Valente y el Güero a trabajar.

—Masín, tenemos carrera. Así que vas poniendo al Clavileño y al Gitano —le advirtieron al entrenador que desde ese momento se les preparara para una carrera.

— ● —

Era día domingo cayendo la tarde, hora en que Don Justo debía estar en la oficina del hipódromo a donde lo llamó telefónicamente Valente:

—Bueno; Justo, te llamo para informarte que mañana formalizamos la carrera, es más, vamos a hacer dos, la que nos interesa de La Catrina contra

Clavileño y en la otra tuve que jugar un gallo tapado, un caballo americano que ganó por la mañana de un tal Aureliano, nuevo en esto de las carreras, que se enfrentará al Gitano. La carrera se hará el Día de San Antonio en el carril del Xolache en Texcoco.

—Por cuanto es el compromiso —preguntó Justo.

—Cincuenta mil pesos en cada carrera —fue la respuesta.

—¿Pueden cubrir el compromiso? —pregunto Justo incluyendo al Güero.

—Perfectamente, si necesitáramos algo más te llamo para que nos eches una mano. Después vemos los tantos y si quieres entrarle al gallo tapado.

—¡Seguro que le entro! Pero ¿Crees qué ganemos con El Gitano? —preguntó Justo únicamente para enterarse del caballo pues lo único que sabía era que provenía del Temozón, de líneas que prometían.

—El caballo no ha corrido ni lo hemos probado, por eso lo del gallo tapado, pero según me informa Masín le ve muchas cualidades —fue la respuesta.

—¡A la yegua hay que ganarle! —respondió Justo en tono de sentencia.

—Mmmm... La yegua es muy buena. Al viejo Masín lo he puesto a seguir sus carreras y afirma que “A esa yegua, El Clavileño le gana en el partidero si es al convenir y montado por Chuy. Pero sabes que caballo y entrenador llevan años juntos y afirma que “su” caballo se va a morir sin saber que es llegar segundo” no sabe que la única carrera la perdió en el Laredo Americano por una mala monta. Así, que es casi imposible que el viejo sea imparcial.

—¡Insístele al viejo que estas carreras deben ganarse! Ya tengo mucho invertido en ellas —Justo se refería a la parte moral— y voy a invertir mucho más en apuestas.

—¿Invitarás? —le preguntó Valente.

—¡Compadre, juntos hasta la muerte! —fue la determinante contestación.

—Has de tener mucho que hacer y nosotros mucho en que pensar. Mañana, regresando de Texcoco te informo de cómo quedó el compromiso.

—Te espero en la casa, a eso de las nueve de la noche para afinar detalles y pagarte mi parte en la carrera del Gitano, la del Clavileño preferiría hacerlo solo. Si no tienes inconveniente. —De esta manera Justo afirmaba el interés particular que tenía de ganarle a la yegua de Don Alfonso.

—De ninguna manera, yo te entiendo. Pero mañana lo conversamos. Hasta luego. Aquí El Güero te manda saludar. El hombre hacía señas de que lo incluyera de alguna manera en la plática.

—Dile que muchas gracias a nuestro socio y hasta mañana —se escucha el clic indicador que había colgado el aparato.

—●—

No les costó trabajo dar con el despacho del licenciado Durán. Una pregunta bastó para que le indicaran que se encontraba en la calle de 16 de septiembre dos casa antes de la Escuela Secundaria, exactamente al otro lado de las inmensas manzanas que caracterizan la disposición urbanística de Texcoco, tomada por los españoles respetando mucho la

disposición de los palacios, templos y propiedades, debido a la alianza de Cortes con los señores de Texcoco en la conquista.

—Señorita: ¿El licenciado Durán? —preguntó Valente a una escribana que hacía funciones de secretaria. Después se enteraron que era la hija mayor del licenciado.

—¿Los Señores de una Carrera? —anunció por compromiso, convencida por la apariencia de ser muy de a caballo, no esperó respuesta y los condujo a una amplia sala de juntas en donde esperaban Don Alfonso y dos de sus hijos, Él Sordo Hermidio compadre de Don Alfonso y su hijo Manuel que fungirían como testigos para estos; el señor Gerardo El Santero que fungiría como juez de meta y El Charro Juvencio como juez de partida, ambos de probada honradez. El licenciado había buscado a estos señores aunque estrictamente los texcocanos no tenían derecho al ser, por culpa de Aureliano, los retadores. Éste, al haber cubierto íntegramente su apuesta, prefirió no estar presente, mejor dicho, Don Alfonso le insistió que su presencia no era necesaria, que él asumiría el compromiso. Recién acababan de saludos y presentaciones cuando entró en licenciado Duran que saludó con una voz ronca de trasegar buen pulque tamizado por un espeso y gran mostacho que era su orgullo: —Buenas tardes señores, aquí tengo el escrito cuyas generales me ha dado Don Alfonso — señalándolo con una ademán—. Los puntos más relevantes son: el compromiso se establece entre el señor Don Alfonso y los señores... —Disculpe, únicamente debe aparecer el nombre de Don Valente aclaró el interpelado.

—Es correcto licenciado. El Güero es mi testigo —aclaró Valente.

Prosiguió el licenciado después de tomar nota de la aclaración.

—La carrera se llevará a cabo el día 13 de junio de los corrientes en el carril conocido como Del Xolache.

—La primera carrera dará inicio a las once de la mañana corriendo el caballo llamado El Palomo propiedad del señor Aureliano contra el caballo El Gitano propiedad del señor Valente. El monto del compromiso será de \$50.000 pesos para cada uno, que quedarán en custodia del su servidor, el licenciado Duran quién los depositará en el juzgado;

—La segunda carrera se efectuará hora y media después de la finalización de la primera. En esta se enfrentarán la yegua llamada La Catrina propiedad del señor Alfonso y el caballo El Clavileño propiedad del señor Valente. El monto del compromiso es de \$50.000 pesos bajo las mismas condiciones del anterior;

—El dueño del caballo que no se presente un cuarto de hora después de fijado el tiempo, sin motivo justificado y aceptado por las partes, perderá la carrera.

—Los caballos correrán 600 varas españolas medidas desde la línea de salida hasta la de llegada por los señores jueces.

—Los jinetes deberían pesar un mínimo de 52 kilogramos en la romana antes de la montar. El peso sería verificado por los jueces. Al ser una competencia de un caballo entero contra una yegua se fija una ventaja de 5 kilos para la yegua. Para que no queden dudas el caballo Clavileño deberá portar un peso mínimo de 57 kilos.

—Las carreras se harán en la modalidad de faja. El único castigo que pueden usar los jinetes es un fuate con

terminación de fajilla de cuero. Estará prohibido usar varas desnudas u otro tipo de azotes.

—La modalidad de la partida es al convenir. Si en media hora no hay partida, el juez de salida, el señor Juvencio dará la partida mediante un disparo al aire.

—El caballo que invada el carril contrario pierde. Así mismo si cruza la meta sin jinete o no se mantiene en el carril en todo su trayecto.

—La validez de la carrera quedará a criterio absoluto de los jueces y es inapelable.

—Señores, estas son las reglas. Si quieren agregar o quitar alguna cláusula deberán hacérmelo saber en este momento.

—La ventaja de peso que quieren para la yegua me parece excesiva, no obstante aceptamos el compromiso —respondió Valente para que los de Texcoco no se pudieran echar para atrás. En realidad sí era excesivo el peso de ventaja, sobretodo para un caballo viejo como Clavileño. Por otro lado, la modalidad de partir al convenir, le era ideal para El Clavileño pero les perjudicaba con El Gitano, puesto que nunca se había corrido formalmente y los caballos en esta modalidad de arranque deben tener una boca obediente, excelentes reflejos y viveza.

—Denme unos minutos para hacer los cambios y apuntar el nombre de su testigo señor Valente. El Güero dio su nombre con voz pituda y áspera con marcado dejo jalisciense de los altos.

Se entregaron los dineros y se firmó el contrato.

—●—

Como habían quedado, a las nueve de la noche Valente se llegó a la casa de Don Justo. Este, después de leer la copia del contrato se volvió a Valente y al Güero con una cara de evidente contrariedad reclamándoles:

—¡Como aceptaron una ventaja de peso tan grande, eso puede significar medio segundo en 600 varas!

—En las condiciones que me pusiste, no quise correr el riesgo que se rajaran, Don Alfonso se veía disgustado con el hijo que cerró el compromiso y muy preocupado. Y aquí mi compadre no tuvo nada que ver —aclaró Valente que era el único culpable y las razones de su proceder.

—¡Claro que Alfonso debe estar preocupado! Cincuenta mil pesos es una cantidad respetable para su capacidad financiera. Es posible que alguien lo este respaldando.

—Yo creo que sí, hay un señor Aureliano con el que pactamos la otra carrera, que se veía muy entusiasmado y parece pudiente. Contra él es la primera carrera.

—También nos la estamos jugando con el “Gallo Tapado” del Gitano —confirmó Justo.

—Tienes razón, pero ¿sí por una se no se hace la otra? —fue la respuesta de Valente.

Con esta frase terminaron la parte relacionada con el contrato. Don Justo los invitó a cenar para que relajados delinearan la estrategia de la carrera. La parte de ubicarse cerca del Carril y relativamente protegidos de miradas indiscretas ya se mencionó. A continuación veremos el trabajo realizado.

Como se puede ver, la versión romántica que se le contó a Don Manolo el del Xolache distaba mucho de la retorcida realidad.

El Entrenamiento.

Un viernes de marzo como a las once se hicieron presentes Don Chano, Valente y El Güero para avisarle a Don Manolo que el lunes por la mañana llegarían los caballos.

Con la rutina de siempre Don Chano entró a la primera oficina del despacho, haciendo señas para preguntar a Lino, quién le contestó de la misma manera, que estaba en la oficina interior, sin nada urgente y de buen humor, algo raro para Don Manuel a esa hora del día.

—¡Manolo!, me acompañan Valente y El Güero, quieren ver como se acomodarán los caballos que llegan el lunes —fue la manera de hacerse presente, tomando desprevenido al hombre que registraba cantidades e la sumadora.

—¡Por lo menos saluda cabrón! —la respuesta del Manolo quien llamó al secretario como si estuviera a gran distancia— ¡Lino ve a buscar a Domingo!—. El secretario salió del despacho con su apresurado pasito a saltos levantando la nariz como oteando el aire, que tal vez le indicaría con más precisión que sus miopes ojos el lugar en donde podría localizar al encargado del campo. Preguntando y transmitiendo las órdenes del patrón logró que le localizaran a Domingo rápidamente. Lino le dirigió al despacho, haciéndolo entrar de

primero diciendo: —¡Aquí está patrón! Como si el musculoso corpachón del chilipeño fuera transparente.

—Domingo, los señores Valente y El Güero vienen a acomodar unos caballos en la troje. Atiéndelos y acondiciona el lugar que te soliciten. Que no estorbe el trabajo del rancho, sobre todo el alimento de las vacas y no le hagas caso a este cabrón —ordenó Don Manolo haciéndole señas hacia Chano.

—Ya habíamos hablado sobre el asunto patrón, ya limpiamos la troje de la mitad para adentro y corrimos los fierros hasta el fondo, el espacio que dejamos es como para cinco caballerizas —respondió Domingo.

—Señores, entiéndanse con Domingo para lo que necesiten, en un momento estoy con ustedes —Don Manuel dio por terminada la entrevista acompañando a la comitiva hasta la entrada del despacho.

Valente se retrasó para hablar a solas con Don Manuel:

—Don Manuel, si fuera posible que esto quedara en absoluta reserva nos ayudaría mucho. Sí para esto tiene que disimular que los caballos son de su propiedad no nos molestaría —le dijo con sigilo.

—Mire Valente, aquí trabajan unas sesenta personas y constantemente entran clientes y proveedores, esto es mucha gente y se les va hacer extraño que tenga caballos en la troje y no en las caballerizas. Y que se estén cuidando de manera muy especial, pero no desmentiré si se corriera la voz que los caballos son del Xolache. Esto en atención a Don Justo a Don Chano y a ustedes, estableciendo de esta manera una categoría jerárquica.

El lunes siguiente muy temprano llegó al Rancho El Xolache un moderno camión descubierto, muy bien acondicionado para transportar caballos, con: dos garañones; dos capones; una pila de aperos; frenos; sillas de montar; una botica de ungüentos, linimentos, pastas, vendajes, sueros, jeringas, inyectoras; una forrajera de bultos de avena, maíz amarillo, sacos de zanahoria, pacas de avena; una bodega de mantas, camisas, cubetas, cepillos, almohazas, ayates, sacos; en fin, todo lo necesario para que los cuatro caballos, Masín y el Coyol se acomodaran por unos tres meses.

Poco después llegó una camioneta con madera, herramienta y dos hombres para levantar cuatro caballerizas y con un pequeño armario para guardar los menjurjes de fórmulas secretísimas que se aplican a los caballos de carrera. Para el medio día todo estaba listo.

A eso de las tres llegaron Don Justo, Valente y El Güero para ver como habían quedado instalados los caballos; Masín y el Coyol se ajustarían a lo que hubiera como lo habían hecho siempre, no eran los indispensables.

—Masín ¿cómo quedaron los caballos? —preguntó Valente.

—Clavileño, los dos ponis y El Gitano, pero las caballerizas están tan abiertas que los garañones nos van a dar problemas, sobre todo El Gitano que está en su mero mole —respondió el entrenador.

—Eso lo sabemos, pero pueden con ellos y están cómodos y bien acondicionados —insistió Valente.

—El lugar está perfecto, piso de adoquín de tabique y mucha paja, resguardado de corrientes de aire, esperamos que el tamo de la troje no moleste a los caballos y además una sola entrada que podemos vigilar

sin problemas —respondió Masín, todo referente a los caballos; sabía, que en las prioridades de los señores el bienestar de los cuidadores eran secundarios a bienestar de los caballos.

Valente sacó un fajo de billetes de la bolsa entregándoselos a Masín diciéndole: —separa la raya de ustedes y lo demás es una reserva por si la necesitas para medicinas o cosas para los caballos. Y Masín, no se lo vayan a gastar con las putas como aquella vez en Juárez.

—¡Hay Valente! De eso hace un u'tamadral de años y siempre que me entregas dinero me lo recuerdas. Das más pedos que pesos. Y no me gasté el dinero de los caballos en “muchachas”, en una. Es que la chiquita valía la pena —respondió el viejo en tono de enfado.

—¿Y la comida de ahora? Son pasadas las tres y estamos con el café de la madrugada —se lamentó y exigió el Viejo.

—Ya vamos a Texcoco y les traemos hasta la comida de mañana —respondió Valente.

—No nos vayas a dejar como aquella vez en Saltillo, sin dinero ni para los caballos una semana —advirtió el viejo en el mismo tono.

—Hay viejo zorrillo, no te puede quedar con “una adentro”. Siempre has de ganar —respondió en tono bromista Valente a la doble intención del viejo.

—¡Claro que siempre he de ganar y a ustedes los he hecho ricos! —contestó Masín ya no tan en broma. Él sabía que también podría estar rico o al menos como Chuy, aquél muchachito que empezó a ayudarlo con Clavileño, que se hizo corredor, el hermano mayor del Coyol. Masín, por su entusiasmo desmedido por las

mujeres de la vida alegre había dilapidado una fortuna que sí ahorró el Chuy, pues el viejo con dos copas le pagaba el salto, cuando no la noche. Eso sí, después que se habían cumplido los compromisos y los caballos quedaban atendidos y cuidados.

—¡Ya váyanse y déjennos trabajar! —apuró el viejo la despedida de los dueños para terminar las discusiones.

Masín y el Coyol se dieron a la tarea de preparar a los animales para pasar la noche. Cepillaban y pasaban la almohaza a los cuatro caballos, después con un ayate extendido daban masaje a los corredores por diez o quince minutos que se iniciaba en el cuello y terminaba en las ancas siempre de adelante hacia atrás siguiendo el pelo, los animales se resistían a las cosquillas y a la sensación quemante arqueando el lomo, sacando el cuerpo y de vez en cuando tirando una dentellada. Al finalizar, los caballos quedaban lustrosos y con el pelo hirsuto por la electricidad estática.

Ese día, Masín advirtió al Coyol:

—A Clavileño, antes de pasarle ayate hay que darle una friega con este linimento, por la mañana antes de salir, después de los baños y por la noche. Hay que mantenerle embetunados los cascos, el viejo necesita cuidado especial.

—¿Cuál Clavileño? —inquirió extrañado el muchacho— ¡no tenemos ningún caballo con ese nombre!

—¡Pues el que no es El Gitano! —le respondió Masín— ese es el verdadero nombre del caballo y de aquí hasta que se juegue la carrera tendremos que llamarlo así, el nombre de El Patas Chuecas es muy conocido y Valente no quiere que lo identifiquen,

quieren hacer la chica y a nosotros nos conviene, nos prometieron el tanto por todo lo que se gane, incluyendo las apuestas por fuera. Así que a callar y trabajar.

—¿Además de lo que ya nos dan? —preguntó un entusiasmado muchacho.

—Sí, además de lo que se nos paga y los extras cuando se gana —le respondió el viejo para, ambos entusiasmarse.

El muchacho que era juicioso e inteligente, sabía que el Viejo Zorro Masín no le había contado toda la verdad sobre el linimento y la embetunada de los cascos pues nunca se lo habían puesto, pero no hizo más preguntas, ya le explicaría cuando lo creyera pertinente.

Muy de mañana se iniciaban las actividades:

Cepillado de los caballos de acompañamiento, ponis o madrinas; quitar camisas y vendajes, a los corredores, cuando los había; cepillo y almohaza para El Gitano y para Clavileño; linimento mágico, nombre que le puso el Coyol para Él Patas Chuecas; ayate para los dos y una hora de colgado en las trancas afuera de las improvisadas caballerizas para asearlas sacando la paja mojada de orines, los excrementos, agregando nueva cama y revolviéndola para evitar animalejos.

Desayuno para Masín y el Coyol, a pesar de sus cuerpos menudos comían como náufragos vikingos y Coyol por joven no aventajaba al viejo por mayor. Generalmente en ayunas se tomaban un par de huevos crudos que sorbían por un hueco, pan, café con piloncillo y canela y en ocasiones leche que les regalaba Don Manolo. Y mucha conversación, el viejo era un buen platicador y había corrido muchas aventuras, pero le gustaba platicar las relacionadas con mujeres. Esta

vez le dio por contar su aventura con la mulata Herminia.

—Pon oreja le dijo a Coyol —e inició el relato que duraría poco más o menos media hora para reposar el almuerzo. Se tendieron en el piso recargando la cabeza sobre un tronco de fresno que se había talado hacía poco.

—Cuando yo tenía como doce años, entró a servir a la casa una mulata llamada Herminia, de piel relumbrosa y unas piernas así de gruesas —el viejo ponía las manos como en dos círculos indicando el grueso de los muslos de la muchacha— altísima, yo no le llegaba a los pechos... Bueno yo no soy tan grande. Y tan forzuda que se echaba al hombro los sacos de maíz.

—Empecé a rondarla, llevarle regalos entablarle conversación, hablarle de mis amores y después de mis deseos, pero la negra poco caso me hacía.

—Buscaba de todas formas encontrarme a solas con ella. Cuando iba por agua la apañaba en el pozo, la abrazaba con todas mis fuerzas, pero nomás hacía así —Masín abría los brazos mostrando como se quitaba la muchacha el abrazo— y me abría los brazos, además de forzuda era robusta y no alcanzaba a rodearle la cintura. Vieras Coyol, se sentía el poder de la muchacha, yo pensaba “que apretones de piernas debe dar” y más me entraban las ganas de poseerla.

—Vendí unos libros que mi papá tenía descuidados y le ofrecí un buen dinero por su amor. La muy ladina me lo aceptó y yo de baboso se lo di. No lo hubiera hecho, armó un lío del carajo y me acusó con mamá que le había ofrecido dinero para acostarme con ella. Mamá sin pensarlo mucho le informo a mí padre. Se

preguntaban de donde habría yo sacado el dinero: ¿qué si lo habría robado? ¿Qué si escarbe en sus ahorros? Y todas las cosas que se les ocurren a los papás cuando sus hijos hacen cosas de las que no los creen capaces. Discutían cuando papá miró para su librero y vio un hueco disfrazado. Se levantó dirigiéndose a librero exclamando en voz alta para qué mamá se enterará de lo que era capaz su hijo querido. “Ya sé de donde saco tu hijo el dinero. Vendió mis libros” me mando llamar y enfrente a mamá me dio una golpiza con una vara de membrillo forrada de verga de toro. Una verdadera vergueada que me alzó verdugones e hizo moretones en la espalda. Mamá, para acabar de quitarme el dolor y no se me abriera el cuero me curó con fomentos de vinagre y sal. No sé que dolió más, si la vergueada, la cura o las lágrimas que mamá derramaba con cada fomento. Y mamá repetía: “Muchacho ¿Por qué lo hiciste?”. Y Yo callado, ni modo de decirle que me quería coger a la mulata.

—Yo creo que la negra hasta se alegró de la paliza que me dieron y seguro pensó que ya no la molestaría. Y así fue por unas semanas en que estuve pensando como hacerla mía. Ya se me ocurría una cosa, ya otra y ningún plan me parecía completo.

—Fui rompiendo la distancia poco a poco, la amenazaba diciéndole “vas a ver” y me respondía con una sonrisa socarrona ‘que vo’a ve’, otra vergueada”. Y yo me enchilaba pero no decía nada.

—Un fin de semana mis papás salieron a visitar a unos parientes a Catemaco y estarían ausentes dos días, no me advirtieron nada, supongo que papá consideró que no me arriesgaría a sufrir otra paliza. Pensé “si no es ahora ¿Cuándo?” Pero que hacer. Por la tarde no tenía ningún plan definido. Poco antes de la cena ví en

la alacena un tarro de botica en donde mamá guardaba unas cápsulas de aceite de ricino para los empachos. Y fue entonces cuando visualicé como en cine, todo el plan para llevarme a la negra a la cama, o al petate, o al suelo, o a donde fuera pero esa noche sería mía.

—Antes de la cena me metí a la cocina sin que la mulata me viera y puse en los frijoles que estaban en la lumbre una docena de cápsulas de aceite de ricino.

—Llamó para la cena, tome café, tortillas y guisado del medio día. Me ofreció frijoles recién hechos “y preparados” pero le dije que no. Todavía se chanceó diciéndome “El niño Masín, tan frijolero y ahora ni un pedo se va a echar” ella ya comía un buen plato. Me hice el enojado y le dije: “voy a tirarle al tepezcuintle” me levante de la mesa, tomé la escopeta cuata, le puse dos cartuchos y me salí dis’que a cazar.

—Me fui directo al escusado de hueco estaba como a veinte metros de la casa en una parte muy umbrosa, me escondí adentro, en un rincón a esperar.

—Como a los quince minutos escuche azotar la puerta de la casa, una apresurada carrera de unos potentes pies, se abrió de un golpe la puerta del retrete, la negra se quitó los calzones y antes de que se acomodara en el hueco la voltee contra la pared pegándole la retrocarga sin cartuchos en la nuca, se los había quitado no fuera que en la emoción le jalara al gatillo, diciéndole “si no me amas te descerrajo un tiro”. La puse a gatas sobre la tabla de cara al hueco, le levanté las enaguas y cuando la penetre el aceite de ricino hizo su efecto y sentí el chorro caliente que me escurría desde los güevos hasta los pies. Pero no pare, a cada empujón que le daba, más fuerte salía el chorro con retumbotes de pedos. Terminamos bien cagados.

—Por supuesto que después de lavarme y lavar toda la ropa tiré los frijoles. No se los di ni a lo cerdos, se fueran a morir.

—La mulata estuvo con dolor de panza toda la noche y el día siguiente. Me veía y se ponía a llorar. Ya me había preparado para otra paliza, estaba seguro que cuanto mis papás llegaran la mulata les diría todo lo que había pasado.

—Al otro día la mulata se portó amablemente. Llegaron mis papás y paso un día y otro y otro y nada. La mulatita se había suavizado y para probarlo le dije: “en la noche te espero en donde mismo”.

—Papá voy a tirarle al conejo, me llevo la retrocarga y la lamparita de carburo haciéndole creer que iba cazar. Me escondí cerca del retrete a esperar con la boca seca y el corazón dando retumbos. Se abrió la puerta, era mi hermano, después paso mi hermana, parecía que a todo el mundo le habían dado ganas de cagar al mismo tiempo. Tal vez esperé poco tiempo pero me pareció una eternidad, hasta que la puerta de la casa dejó escapar la luz pero sin hacer ruido, unos pasos pesados pero sigilosos se fueron acercando. Masín, Masín, niño ‘a onde etá’ llamaba la mulata. “Aquí, le contesté con un susurro de temblorosa voz. La muchacha me abrazó y me plantó un besote en la boca, nos abrazamos, besamos y lo hicimos varias veces. La segunda vez me entró la sensatez, cuando estaba por venirme los saqué y la condenada negra me apretó con sus piernotas diciéndome “no sacar, yo poner pecacuana pa’no cuajen”.

—La mulatita se enamoró de mí y nos apretujamos por unos dos años.

—Ya es hora Coyol, vamos a trabajar mañana te cuento el resto de la historia.

El muchacho contrariado se levantó, pero tendría que esperar a escuchar el resto de la historia, sí a Masín le daba la gana pues varias veces, para hacerlo repelar no terminaba los cuentos y el muchacho tenía que estarle rogando.

Salieron a dar las dos horas de caminata, enrumbaban hacia el poniente dando largos paseos por la orilla de los canales que pomposamente en Texcoco llaman ríos. Parecen pocas dos horas a caballo, pero después de dos semanas se agotan las alternativas de paisajes. Alternaban las monturas, según Masín para que los caballos no acostumbraran y cogieran querencia. Pero ambos pesaban lo mismo, tenían muy buena mano y tenían que pasar mucho tiempo cabalgando.

Hacia el medio día regresaron y pasearon enfriando a los animales por media hora, les dieron agua que habían dejado en cubetas desde la mañana, Masín no les daba agua de la pileta, después les quitaron lo sudado a fuerza de cepillo y almohaza, y quince minutos más de ayate. Sacaron a los capones que mantenían colgados en la cuadra, asearon las caballerizas sacando el estiércol y la paja mojada, dando vuelta a la que quedaba y agregando un poco más. Soltaron a los garañones en la caballeriza, asearon a los capones, los llevaron a tomar agua y los soltaron. Para esto ya eran cerca de las tres de la tarde y se sentaron a comer.

—¿Qué pasó con su novia la mulata? —preguntó el Coyol que había quedado prendido de la historia del viejo.

—¡Te dije que mañana! Apenas nos va a dar tiempo de almorzar, no seas ansioso. Vete a traer la comida

mientras preparo la mesa —le ordenó el viejo. El muchacho salió a la carrera a casa del velador del rancho en donde, por un pequeña iguala semanal, se les preparaban los alimentos. El viejo se puso a disponer la mesa: el par de platos, cucharas, y posillos de peltre azul claro con sendas desportilladuras producto de los ajetreados viajes de muchos años. Y de mesa, un parte plana del tronco de fresno, mismo que a horcajadas, para no cambiar de posición, servía de silla.

La intensidad del trabajo fue aumentando día a día, en ocasiones el viejo Masín se quedaba atendiendo a uno de los corredores mientras el muchacho sacaba a pasear cabestreando al otro. Una vez a la semana los trabajaban en los barbechos o en los ríos para darles fortaleza, después los frotaban con linimentos, encamisaban y vendaban para ponerlos a sudar. Cada dos semanas llegaba puntualmente a las nueve de la mañana Palmerín, un herrero afamado de Texcoco que habían apalabrado para cambiarles las herraduras a los corredores, a las madrinas se les cambiaban cada mes.

Al otro día de llegados los caballos, todo Texcoco sabían de la carrera de los caballos del Xolache contra el de Don Alfonso y de Don Aureliano. Mucha gente ajena y otra no tan ajena se empezó a acercar al rancho, entre ellos Él Sordo Hermidio que firmó como testigo de Don Alfonso y su hijo Manuel, hombres que ocasionalmente tenían trato de negocios con Don Manolo y de amistad en la Asociación de Charros.

El Sordo Hermidio estuvo presente el día del desafío en Xochimilco y desde que vio aparecer al caballo le empezó a bullir una inquietud en la cabeza, ¡el animal se la hacía conocido! Por esto, cada vez que tenía algún pretexto se llegaba hasta el Xolache a hablar con cualquiera para echarle una miradita a la razón de

su inquietud. Cuando se le acabaron los pretextos le pedía a Manuel que lo llevara espíarlo al grado de descuidar su modo de vida. Tanta era la inquietud que Manuel lo dejaba en las arboledas de la entrada de la finca desde temprano y lo recogía para la comida.

—Papá, deje ese capricho, nada gana con saber si el caballo es tal o cual, la carrera ya está comprometida — le decía Manuel.

El Sordo le respondía: —“un día de estos lo tienen que sacar al carril, y voy a estar ahí para verlo correr. ¡A ese caballo yo lo conozco!”

Sí el Sordo Hermidio tenía una angustia por saber, el viejo Masín tenía la opuesta por ocultarlo. Linimentos de órgano y nogal estaban produciendo un cambio en el color del pelaje del caballo, estaba cogiendo un color hormigo que resultaba extraño para los conocedores pues no mostraba el embotinado característico de esta capa que el viejo disimulaba con betún y vendas.

Los caballos fueron cambiando a una contextura atlética y temperamento despierto. Masín llamó a la casa de Valente para indicarle que los caballos estaban listos para el carril:

—Valente, los caballos están listos para probarlos, el miércoles o jueves de la semana entrante —llamó Masín por teléfono.

—¿Le aviso a Chuy que va a jalar a los dos caballos? —se hizo una pausa, que Masín tomó para meditar.

—¡No, avísale que sólo vamos a medir al prieto! A Clavileño, por un lado no le hace falta probar el carril, ya sabemos que cuando no es competencia el no se

esfuerza, ya está viejo y ¡para que quemamos la pólvora en infiernitos!

—Nadie mejor que tú lo conoce, así se hará. Mañana me llamas a la misma hora para confirmar.

Como quedaron, al otro día a la hora convenida llamó Masín para enterarse que el miércoles a las nueve llegarían para ver la puesta del Gitano.

A las nueve de la mañana, el Sordo Hermidio vio pasar a un automóvil elegante con tres sombrerudos, al volante El Güero, en el lado del copiloto Valente al volante y atrás un nervudo y rubiecillo hombre maduro, el Chuy. Había llegado el momento que tanto esperaba, la presentada en el carril de los caballos, la emoción fue tanta que se le secó la boca.

A eso de las 10 salió el Coyol cabestreando al Gitano que iba encamisado y vendado de manos y patas. Enrumbó en sentido contrario al carril, hacia el sur para dar una gran vuelta para entrar al carril de este a oeste y evitar que el caballo reconociera que la cuadra estaba a apenas 500 metros al poniente del arrancadero, “no fuera a tomar querencia” temía Masín, pues la costumbre era que los caballos partieran hacia el oriente. Si la salida fuera al revés sería una gran ventaja, según el viejo.

Como media hora después, el carro de los sombrerudos llevaba a uno más, el viejo Masín, hacia el carril. En donde El sordo ya esperaba escondido entre los pirúes y los maizales, cronómetro en mano.

Acomodaron el carro como a medio carril, de la cajuela sacaron una cinta métrica, linimento y una faja de corredor. Chuy desenredando la propia, se dirigieron hacia el partidero.

Masín, con el pie marcó una raya transversal al carril, señalando la línea de partida que resaltó con un montón de primaveras que cortó a la orilla del carril. Con El Güero se pusieron a medir las 600 varas de la carrera, como a medio carril el Güero le hizo una seña a Masín para que lo esperara en la marca. En cuanto se juntaron le dijo:

—Viejo, nos están espiando, ve para allá —haciendo señas con la mirada estando agachados como discutiendo sobre la marca de la distancia. Masín afinó la vista que el tiempo aun no deterioraba y el oído de tísico que nunca le fallaba. Pudo percibir la figura de un hombre mayor, moreno y un tanto barrigudo. Aclarándole al Güero:

—Me parece que es el Sordo Hermidio, se ha estado haciendo el enconradizo. Me parece que está por reconocer al Patas Chuecas.

—¿Qué hacemos —preguntó El Güero.

—Vamos a engañarlo, al llegar a las 600, marco con una raya gruesa, pero me jalo una medida más de la cinta. Cuando corra El Gitano tú vas a estar parado en las 630 mientras Valente se para en las 600. Cuando pase el caballo delante de Valente marca su reloj, cuando llegue a las 630 haces señas con el sombrero como se hubiera cruzado la meta. Así, El Sordo va a marcar un tiempo de 630 suponiendo que es 600. Disimuladamente le entregaré mi reloj a Valente para que haga el pesaje correcto. —Y así actuaron. Lo que no sabían era que ha Hermidio no le interesaba para nada la carrera del Gitano.

Llegó el Coyol al carril entrando por el este. Al llegar al partidero entrego la gamarra a Masín que amarró en un árbol, desvistió al caballo pero no le quitó

las vendas, esta vez correría con ellas. El Coyol desensilló a la madrina, con la carona le quitó el exceso de sudor y le cruzó la faja.

—No es necesario que le quites la silla, corre con ella —le gritó Masín pero el chamaco no le hizo caso: ¡sería corredor domo como hermano! Y a lo mejor lo aventajaba.

—Déjalo —le aconsejo Valente— quiere competir con el hermano.

—¡Por mí! —respondió Masín.

El Coyol animado por la opinión de Valente, cogió un puñado de crines junto con las riendas, dio un pasito para atrás y pego el salto para quedar hábilmente ahorcajado en el lomo de la madrina, orgulloso como si estuviera montando al mejor caballo del mundo y como todos los caballos de la sociedad Justo-Valente-Güero no era malo en las parejeras.

—¿Vas a correr con los botines? —le preguntó Masín.

—¡Como crees! Me los voy a quitar. Nuestra familia no usa acicates para las carreras, pero pásame el fuete. —El viejo se lo entregó y el joven lo metió entre el cinturón y la espalda con la pajueta hacia arriba. Metió las piernas entre la faja y el cuerpo del caballo, la socó, se roncoo unas dos veces y volvió a apretar hasta que el caballo engarruño el lomo, el joven recorrió la hebilla un ojuelo: ya estaba listo para el juego.

En frente, su hermano mayor hacía lo propio con El Gitano. Con una seña de la cabeza hacia su hermano, los jinetes salieron con sus cabalgaduras a recorrer el carril. Masín se emparejo al Gitano para informarle al Chuy que estaban siendo vigilados y que iban a

trampear, que caminara hasta donde estaba Valente. Al jinete no le pareció extraño, ya lo habían hecho varias veces. El primer recorrido se hizo al paso, el segundo al trote y galope ligero, siempre El Gitano al frente, la madrina se resistía a mantenerse atrás exigiendo al Coyol esfuerzos para refrenarlo. Ya calientes los caballos se dispusieron a ganarse la salida, en esta no había ventajas, Gitano tenía que aprender a jugársela.

En cuanto El Gitano se fue calentando empezó a desatinar se cacheteando y cabeceando violentamente al grado de que el Chuy llamó a Masín.

—Viejo, si sigue así, este caballo se va a acabar en la salida, o se va a disparar fuera del carril, no lo puedo controlar. ¿Quién lo está entrenando?

—¡Pues yo! —respondió el viejo de mal humor.

—¡Ya sé que eres el entrenador!, pero ¿quién lo pasea y camina?

—¡Tú hermano! Qué, ¿le falta experiencia?

—¡Para este caballo sí! Deja que Él Patas Chuecas le enseñe mientras tú acabas de educar a este Gitano. Después vemos el bocado, es posible que lo esté lastimando. Entonces: ¿Salgo así?

—Pues sí. No hagas mucho juego, deja que El Coyol te la gane.

—Lo voy a apresurar, pero me ganará cuando este listo, no antes —sentenció El Chuy.

Así fue, dos o tres intentos más y un estudiado movimiento y voz del Chuy hicieron que su hermano perdiera un instante la concentración y arrancó por delante. El Coyol lo alcanzó apenas unos trancos adelante, El Gitano salió con la cabeza estrellando

perdiendo instantes valiosos, hubiera perdido la carrera si la obligación del acompañante no le hace refrenar a la madrina, importante para que El Gitano se acostumbrara a llegar por delante.

Entre una mala salida y treinta varas más, el tiempo del Gitano que registró Hermidio fue fatal. Esa misma tarde llevaría la noticia a su amigo Aureliano, con quién necesitaba estrechar relaciones.

Dieron dos vueltas a lo largo del carril, con un silencio de mal augurio, encamisaron al Gitano, ensillaron a la madrina para regresar a la cuadra por el mismo camino que hicieron para llegar. Borraron señas, sobre todo en los primeros trancos del arranque en donde se medían los esfuerzos y potencia de los caballos en la partida, importantísima en las carreras parejeras por la distancia de recorrido tan corta.

Se subieron al elegante automóvil para empezar el análisis sobre la primera puesta del Gitano.

—¿Se compondrá el caballo? —fue la preocupada pregunta del Güero.

—Ya hablamos Masín y yo —respondió el Chuy —el viejo va a dedicarse al Gitano y mi hermanillo al Patas Chuecas. Hombre viejo arrendará a potro joven mientras caballo viejo hará a jinete nuevo. Esa es la regla, pero como Masín ya resiente en los huesos la inquietud del Gitano prefiere el paso largo del Patas.

—¡Tendrás que joderte viejo! —sentenció Valente, dirigiéndose a Masín que iba meditabundo en el asiento posterior. Valente, en contra de la creencia del Güero, estaba seguro de que el Gitano era un ganador.

En la cuadra descamisaron al Gitano, le quitaron las vendas y lo llevaron al baño. Después lo masajearon

con uno de los linimentos maravillosos de Masín. En todo momento, el Patas Chuecas estuvo malcriado, como reclamando que no lo llevaron a la carrera.

Chuy revisó concienzudamente la boca del Gitano y encontró encallecidos los asientos. Revisó el freno que casi era un de los llamados boca de sapo, muy rudo para cualquier caballo. Se dirigió a Masín mostrándole el bocado interrogándolo con la cabeza. El viejo le respondió:

—A mi no me ha hecho extraños, el caballo venía arrendado.

—Vas a tener que consentirlo. Tiene los asientos encallecidos, tal vez sea conveniente darle unos fomentos con vinagre para suavizárselos. Te acuerdas de aquél caballo bayo, el Gringo que tantos problemas nos dio en Puebla. Vas a tener que quitarle el freno criminal que tiene y volver a la falsa. Ahora le decimos a Valente que te mande una para mañana.

—Si me acuerdo. Chuy, me han presionado mucho con la carrera del Patas y he descuidado a este.

—Viejo: ¡El Patas Chuecas no pierde! Despreocúpate de él. ¿Cómo si no lo conocieras?

—También es que desde hace mucho no siento la presión de una carrera formal. Tengo que tomar el paso.

—Mejor que lo hagas rápido, estamos con el tiempo muy ajustado.

—¡También eso mano! —respondió el Viejo reconociendo que su antiguo pupilo le estaba enseñando sobre caballos, algo que nunca se imaginó que eso fuera posible.

—Los que te hace falta es una perdidita con tus viejas.

—Eso siempre mi Chuy, ¡eso siempre!

Arreglaron los caballos, dejándolos al cuidado del Coyol, Valente los llevó a comer, con el pretexto de afinar detalles. Pero más que todo, para darle al viejo Masín un rato de relajamiento, aconsejándole que tomara la tarde libre para lo que quisiera, disimuladamente le dio un puñado generoso de billetes. “Y que se cuiden las güilotas de Texcoco” pensó igual que su corredor.

Dieron las cinco y no llegaban los patrones, su hermano y el viejo, el Coyol se puso a arreglar a los caballos para pasar la noche. A eso de las dos de la mañana, con el bieldo en ristre le cerró el paso a un Hombre que se acercaba con paso vacilante a los caballos.

—¡Deténgase ahí! —advirtió el chamaco con una voz tan decidida que hacía reflexionar.

—¿Ya no conoces al amigo que casi es tú padre? —preguntó un balbuceante Masín.

—¡Mi padre!— respondió enérgico el muchacho —mi padre no se anda emborrachando con las putas dejando abandonado el trabajo.

—¿Trabajaste mucho? Yo lo he hecho mil veces.

—¡No me estoy quejando! Sabe que no soy rajáo p'al trabajo, le reclamo su falta de responsabilidad después del papelón del Gitano de esta mañana. Ya debería estar trabajando en arreglarlo. Le advertí que el animal cacheteaba y estrellaba cuando se la aprieta. ¡Pero no me hizo caso!

—Mi Coyolito ¡tienes razón! Pero ya no me regañes, ayer por la mañana ya me leyó la cartilla tú hermano. ¡Tan responsables! Los dos —esto lo expresó con convicción—. Vamos a dormir, mañana hay que hacer.

El Coyol, ya tranquilo ayudó al viejo a llegar hasta su lecho de paja y cobija, a la entrada de la caballeriza de su Patas Chuecas. Más que pasado de copas, venía muy trabajado, se encontró a una dama que le sacó todo el atraso de varias semanas y mucho del dinero que le dio Valente. Pero no dejaba de balbucear —pero valió la pena. —El chamaco sabía perfectamente a que se refería.

A la mañana siguiente, como si no hubiera pasado nada, a la misma hora estaba colgando a los caballos. Empezaba a limpiarlos cuando se levantó el Coyol reclamando:

—¿Por qué no me llamó?

—¡Para qué! Cómo ayer trabajaste mucho pensé en dejarte reponer.

—¡Viejo cabrón! —musitó el joven.

—¿Así ya nos llevamos? —le reclamo Masín. El oído de tísico del viejo daba muchos problemas al muchacho, siempre que le reclamaba o insultaba, por muy bajito que hablara el viejo siempre le entendía.

—¡Ayer le dije que no fue por el trabajo! Esta troje por la noche mete miedo. Las ratas hacen ruido, las láminas se encogen con el frío y truenan, se ven luces en el fondo, parecen ojos de fantasmas.

El viejo comprendió la valentía del muchacho. El ya había visto en el fondo del recinto lucecillas de San Telmo, de esas que produce la madera y los huesos

cuando se descomponen con la humedad o produce la energía estática. Eso sin tomar en cuenta las historias de espantos que los lugareños les habían contado de la famosa troje del Xolache, campo eterno del Charro Negro. En las noches sin luna, la oscuridad del recinto era sobrecogedora, incluso con la compañía de los caballos. Muy valiente debe ser un joven de apenas trece años para esperar a pie firme en la troje del Xolache la llegada del Charro Negro aunque fuera un alvaradeño.

—Vete a traer el desayuno, yo me encargo —fue el reconocimiento del viejo.

—Bueno, pero me terminas de contar de la mulata —condicionó el joven.

—¡Claro Coyol! Hoy no hay mucho que hacer. Hay que dejar descansar al Gitano y no sacaremos al Patas Chuecas. —Los años del viejo ya empezaban a resentir las parrandas.

Una hora después regresaba el Coyol con un vaporoso jarro de atole de capulín y un buen itacate de tlacoyos de frijol, de arvejón y unos tamalitos de amaranto. Antonia, la señora que les preparaba la comida se había encariñado con el muchacho preparándole, en ocasiones, comida especial, tal vez veía en el joven al hijo que perdió junto con su esposo el Vale, aquel 15 de septiembre que un rayo derrumbó los arcos de Texcoco a la entrada del mercado, tendría la misma edad.

—Que sabrosa comida —aduló el viejo— la señora te quiere bien, invítala a Texcoco a pasear, tal vez te hace hombre.

—Viejo mal hadado, ve mujeres malas en todos lados. La señora es muy decente; como va a creer que le insinúe esa cochinada.

—Ya vamos a comer, las noches de amor me despiertan el hambre.

—No té digo viejito enamorado. Sólo en las putas piensas. ¿Y que pasó con la mulata?

—No que a ti no te interesan mis aventuras con mujeres.

—Es que son muy entretenidas aunque sean pura fantasía —al decir esto ya se había arrepentido pues, sí el viejo se encaprichaba no terminaría. No se imaginaba que la noche anterior le había ganado el respeto del Viejo Masín; un hombre que había recorrido mundo y sabía de valentonadas. Para complacencia del muchacho el Viejo Masín inició el relato.

—Mamá no quería a la mulata, pero papá insistió cansado de que les corriera a todas las mujeres que contrataba mamá para que le ayudaran. Por casa pasaron jovencitas, señoras y unas más mayores, las primeras y segundas se iban porque las asediaba con mis impulsos de hombre y a las mayores las molestaba para que renunciaran. Un buen día papá llegó de una de las fincas con la noticia: “Carmelita” que así se llamaba mi mamá “te tengo una buena noticia, convencí a la mamá de la mulata Herminia para que la dejara venir a trabajar a la casa. Me hizo prometerle que si salía con regalito, nosotros nos haríamos cargo”.

—¿Y se lo prometiste! ¿Y si tiene criatura con otro que no sea de la casa?

—Se entiende que aun así, no nos haremos cargo “respondió papá”.

—Eres muy confiado en la gente. Si ven la oportunidad se encajan. Y de donde ha de nacerle chiquito, sólo que sea tuyo “mamá era tan inocente o me quería tanto que no me creía capaz de meterme con la servidumbre”.

—¡Carmelita, Carmelita! A veces creo que me estás tomando el pelo. En esta casa hay otros hombres además de mí.

—¡Sí, la peonada! “respondió mamá”.

—Si que era inocente su mamá Masín. O sería que no creía que fuera usted hombrecito —le comentó el Coyol.

—Maldito muchacho. Ahora sí me agarraste en una que no sé cómo contestar.

—El caso es que papá creyó que no me metería con Herminia, que como te dije era una mulata grandotota y con más fuerzas que un hombre. ¿Y yo? Así de pequeñito, como sería de doce o trece años. Además no era muy agraciada. Tenía como diez y seis años y las tetas le llegaban al ombligo y así de grandes— el viejo hacia señas poniendo las manos abiertas hacia adentro señalando su pecho.

—Para no alargar el cuento, la mulata Herminia se enamoró o se encaprichó con tú servidor. —Masín hacía una genuflexión de humildad—. Cuando yo no la buscaba ella me encontraba en el momento en que estábamos solos. No hubo lugar de la casa que no probáramos; ni caballeriza en que no nos apretujáramos.

—El día más excitante fue cuando me vio entrar a la caballeriza más alejada, era más alta y siempre mantenían las puertas cerradas. Aquí papá tenía a su garañón preferido, un caballo prieto que llamábamos

Satán. Por el nombre sacarás lo difícil que era. Siempre trancaba la puerta superior dejando la inferior entreabierta para salir destapado por ella cuando el caballo amanecía de mal genio. Pues un día, la Herminia la corrió despacito y cuando la sentí ya estaba apretujándome aquí —el viejo se llevó las manos a los genitales— y arrinconándome contra la batea. El Satán se puso a bufar, levantarse de manos manoteando para defenderse. La mulata, como le daba la espalda no lo veía, yo me voltee entre sus apretones quedándome el caballo de frente. Ella con su bocota —Masín se apretó los labios con los dedos de las dos manos jalándolos hacia fuera tratando de hacerlos más grandes y prominentes— me plantaba unos besotes que me sorbían la médula del espinazo. Ya no me preocupaba tanto la encabritada del Satán, sino el ruido que estaba haciendo, ya veía entrar a papá que para esas horas se llegaba a las caballerizas para revisar; del caballerango ni me ocupaba pues varias veces nos había cachado revolcándolos en las camas, en los pesebres o debajo de las patas de los caballos. Dos o tres veces traté de quitármela pero cuando me desabrochó el cinturón y metió sus manotas suaves y calientes como pecho de paloma, sus ansias me sacaron las ganas. Con la boca seca y respirando agitadamente nos revolcamos como nunca a los pies del caballo que, tal vez entendiéndolo que significa la calentura del sexo se tranquilizó o se arrinconó resoplando. ¡Yo ya no veía ni oía! Sólo sentía el cuerpo de la morena que me apretaba entre sus poderosas piernas. ¡Porque eso sí! Era bien apretadita la mulata. Además era fácil hacer el amor con ella en cualquier momento. Ya verás:

—A los pocos encontrones después de que la hice mía en el retrete dejó de usar calzones. Y a la usanza de

las mestizas de esa parte de la costa, no usaba sostén ni nada en el torso.

—¡No te creo viejo! —dudó el muchacho— ¿Cómo voy a creer que una mujer ande con las chiches al aire?

—¿Qué no estuviste con migo en Veracruz? —preguntó el viejo.

—¡Pues sí! Pero nunca vide a mujeres desnudas de la cintura para arriba.

—¡Porque no quisiste! Muchas veces te las enseñé entre los breñales lavando en el río de La Venta en Tabasco, pero siempre te volteaste o no quisiste verlas.

—Ahora entiendo viejo, por qué te gustaba tomar el camino largo del río. Yo ni te ponía atención. Siempre estas hablando de “viejas”, imaginando cosas y haciendo cuentos fantásticos. Es cierto que alguna vez el viento me llevó voces de mujeres que salían del río, pero hacía que ni me interesaban.

—Entonces si tuviste curiosidad —afirmó el viejo.

—¡Pues sí! Cree que no me gustaría ver a una mujer desnuda. Pero en el primer cuento que me echó entonces, me advirtió que cuando oyera voces de mujeres en el río ni me acercara pues seguro se estaban bañando. Si los hombres se enteraban que las había espiado, o visto me iban a matar. La ansiedad me escocía, pero la amenaza me aconsejaba no voltear.

—Pues Coyolito ¡te lo perdiste! Pero el día que quieras nos vamos a Texcoco a buscarte una mujer que te quite lo niño.

—¡Otra vez con lo mismo! Chuy me tiene bien advertido de sus invites con mujeres. ¿Sólo él y usted saben que pasó? El Chuy sólo me advierte y usted no

me quiere decir, así que mejor le hago caso a mí hermano. Pero dejemos esta discusión y siga con el cuento, que parece va pa' largo y se nos va a venir el trabajo.

—Pues sí, Coyolito, únicamente tenía que hacer así —un maldoso Masín estiró la mano pellizcándole una tetilla al muchacho que reaccionó violentamente quitándose la mano de un golpe— para acariciar sus rotundos pechos, siempre relumbrosos de aceite de coco y sudor.

—Un mal día la 'pecacuana' no funcionó, o no hizo el lavado, o aquel día con el Satán cuando lo hicimos dos o tres veces rápidas sin sacar o se le acabó el bendito licor de ipecacuana que le había dado su madre para cualquier eventualidad de que fuera violentada.

—Claro que no podía ir y decirle a su mamá: ¿necesito más pecacuana? —afirmó con atención el joven— sin tener que dar explicaciones. O estaba haciendo muy seguido o la estaban violentando mucho. De todos modos la iban a sacar del trabajo y seguro propinarle una azotaina.

—Ya vas percibiendo lo que paso —abundó el viejo— quedó preñada.

—A la mejor ni era tuyo, viejo —dijo Coyol en tono burlón.

—¡Claro que sí! Y si no hubiera, que mas daba, el problemita se destapó.

—Como son las mujeres para eso, mamá se dio cuenta de que el carácter de la mulata había cambiado y que las puntitas de las chiches se le pararon. Una tarde mientras le servía el café a papá en el comedor le dijo:

—Ruperto, creo que la Herminia está embarazada. Ahora que vamos a hacer

—Papá le contestó en tono determinado. “Preguntarle a la muchacha quién es el responsable y obligarlo a casarse. Ese fue el compromiso que hice con sus padres y sabes Carmelita que yo honro lo que prometo”.

—¿Cómo vamos a obligar a casarse al Juan? ¡Él ya es casado!”.

—Juan era el nombre del caballerango —aclaró el viejo.

—Pues el que se la hizo se la cumple: ¡como que me llamo Ruperto

—¿Es cierto que estás embarazada? le pregunté a la Herminia mientras hacíamos el amor en el cuarto de lavado y ella planchaba.

—¡No te puedo creer Masín! —afirmó Coyol— ¿Cómo es posible que te hayas estado revolcando con la muchacha mientras escuchabas a tus papás discutir sobre el asunto.

—Nos habíamos vuelto muy confiados. Te dije que era fácil tener sexo con la mulata. Le levantaba la falda, me abría la bragueta, ella abría las piernas para ponerse a la altura y para adentro. Con el movimiento de la planchada, de lavar ropa, de lavar trastes o de fregar el piso bastaba para correrlos juntos. La mulata me respondió:

—Si Masisnsito, yo tener un hijo tuyo

—Esa noche me escondí en las caballerizas hasta que pasó un buen rato después que papá apago el quinqué. Entré a mi cuarto, saqué uno ahorritos, hice un

atado con un poco de ropa, tomé de la cocina unos tamales, tortillas, carne en cecina, y al Satán con la mejor silla y el 30-30 de papá. Le dejé unas líneas a mamá diciéndole que quería correr mundo. Esa noche salí de la casa y regresé para enterrar a mamá. Ese día papá mando avisarme, pues nunca dejo de vigilarme. Conocí a mi hija que había reconocido papá honrando su promesa, así que por apellidos es mi media hermana, vivía en casa con la mulata que cuando me vio se le llenaron los ojos de agua y recuerdos. Pase con mamá Carmelita los dos días más plenos de mi vida. Papá me advirtió que para su Carmelita, él era el padre de la Panchita, una mulatita preciosa: mi hija con la Herminia.

—¿Qué crees que me preguntó mamá ya casi para morir? “¿Masín, por qué te fuiste de la casa?”. Papá cargó con la culpa del hijo, admitió que había tenido un desliz con la mulata, sufriendo la amargura de haber lastimado la confianza de su amada Carmelita antes que quitarle la ilusión que tenía de su hijo modelo. Locuras de querer recorrer el mundo, le respondí.

—A los catorce años me enrolé en una gavilla de desarrapados que robaba en nombre de la revolución de Don Venustiano Carranza por el rumbo de Tlapacoyan y hasta ahora, aquí acompañado de un muchacho valiente y un puño de caballos que nos pueden dar unos dineritos a ganar.

—Vamos a trabajar Coyolito. Ya es tarde —se levantó Masín del tronco de fresno huyendo la cara para que el muchacho no viera un par de lagrimones que le rodaban por las quijotescas mejillas.

—El muchacho profundamente conmovido también se levantó violentamente huyéndole el rostro al viejo.

A las dos semanas llegó el momento de poner nuevamente al Gitano en el carril. Llegó el carro elegante con los mismos personajes. Hablaron con Masín mientras el Coyol alistaba a todos los animales para llevarlos al carril. A las nueve abandonaron la troje: El Coyol cabestreando al Patas Chuecas, Masín unos cincuenta metros atrás en la otra madrina cabestreando al Gitano.

El Sordo Hermidio que había dejado de espiar, calculó que ese día probarían nuevamente los caballos y le pidió a Manuel que lo dejara en la entrada. No tuvo que esperar mucho, recostado en el tronco de un pirú vio llegar desde el Xolache al carro elegante que se estacionó cerca de la línea de salida. Al poco rato entraron al carril El Patas Chuecas. Frotándose las manos se decía en voz baja “ahora sí voy a ver bien a ese caballo que me rebulle en el cerebro”.

Casi llegaba el Patas Chuecas al arrancadero cuando entraba el Gitano al carril. El Sordo más se alegraba pues suponía que los enfrentarían.

Se repitió la rutina de medir el carril. Hermidio se había ido recorriendo hacia el centro, por el lado del sur, menos arbolado que en donde se había colocado la vez anterior y fue nuevamente descubierto. Cuando Masín y El Güero estaban a la misma altura, Masín dejó tirada la cinta tan violentamente que El Güero pensó:

—¡Éste cabrón tiene chorrillo!

El zorro de Masín entró tan rápido a los árboles que El Sordo no tuvo tiempo de ocultarse quedando frente a frente.

—¿Hola Sordo? ¡Jamás me imaginé encontrarte aquí, entre los árboles! ¿En donde está Manuel?

El Sordo Hermidio, no supo que hacer, se sacó el sombrero para rascarse la cabeza. Masín no le dio tiempo de inventar una excusa, lo tomó del brazo arrastrándolo al centro del carril gritándole a sus compañeros.

—Miren quién está aquí: El Sordo Hermidio.

El Güero mosqueado dejó la cinta métrica acercándose con recelo al aparecido, Valente se vino desde el partidero saludándolo a viva voz y el pobre Hermidio, morado de la congoja (de tez morena, con lo rubicundo de la pena y el calor se tornó morado, especialmente en las mejillas) no atinaba a que hacer.

Valente hablo con el Sordo recordándole la última vez que se habían visto, señalando una fecha quince días atrás. El Hermidio de acongojado pasó a temeroso, pues en ese ambiente, espiar al caballo o a la mujer ajena es una afrenta que suele pagarse con la vida.

Valente le hizo una disimulada seña al Güero para que siguiera con lo que estaba haciendo, e invitó a Hermidio a presenciar el entrenamiento de los caballos.

—¿No molesto? —preguntó el Sordo con su voz destemplada de tono alto.

Valente negó con la cabeza y con voz alta le dijo: —no, que vamos a ocultar si firmamos en el despacho de Durán el contrato de la carrera. Mejor te vas preparando, tenemos ganador.

Masín y el Güero caminaron juntos hasta donde habían dejado la cinta. En el trecho se pusieron de acuerdo bajo el consejo de Masín:

—Güero, ahora vamos a recortar treinta varas. Yo me quedo en la línea de partida con dos relojes que echaré a andar cuando el caballo cruce la línea de

partida; me vengo con Valente y el Sordo y los paro en la meta falsa para Valente marque el tiempo, cuando pase el caballo el Sordo no lo va a poder creer; mientras he hablado con el Chuy para que no le afloje hasta que pase frente a ti que te vas a parar en la meta real con el otro reloj.

Los hermanos jinetes habían preparado a sus cabalgaduras, el Chuy había buscado un filete muy ligerito que cambió por el bocado de sapo y se los puso al Gitano. El caballo sintió de nueva cuenta el sabor a fierro y cobre desde la última carrera. El jinete le acomodó además la rienda falsa para no lastimarle la boca. El Coyol no le perdía mirada sin preguntarle la razón de los cambios, ya habría tiempo para ello, ahora debía concentrarse en su cabalgadura.

Iniciaron el juego de la partida, ninguno de los hermanos daba cuartel. En un instante, el Coyol perdió la concentración al notar que Él Gitano ya no estrellaba, muy recogido metía la barba contra el pecho y obedecía con ligeros toques de Chuy quién no necesitó de más para sacarle dos o tres cuerpos de ventaja al hermano. Masín, apenas a tiempo para marcar los dos relojes, por lo mismos motivos que el Coyol se había desconcentrado.

Él Gitano, sin las molestias del freno boca de sapo corrió libremente pasando como una exhalación frente a Valente y Hermidio y frente al Güero.

Masín llegó con un trotecillo hasta donde estaba Valente entregándole un cronómetro que paró cuando el suyo llegó al minuto mostrando el tiempo a su acompañante diciendo:

—¡Ya viste. Es increíble! ¿Cuánto te marcó a ti?

El Sordo sorprendido por la franqueza sacó la mano del bolsillo derecho mostrando el cronómetro a Valente exclamando:

—¡Pues estamos bien; Marcamos casi lo mismo.

—Hermidio, ya sabes a lo que le están tirando, no creo que el caballo de tú paisano Aureliano se acerque a este tiempo. Mejor apuesta por fuera para reponerte —le advirtió Valente, en voz alta y muy despacio para que le entendiera.

El Sordo Hermidio únicamente atinaba a decir: —¡Que tiempo tan bueno! No creo que lo repita. El caballo debe estar en su día. Hasta relajado corrió.

—¿Ya lo habías visto correr? —preguntó Valente en tono severo para comprometer al Sordo.

—Como vas a creer que los ande espiondo —respondió el Sordo en tono de incredulidad ofendida—. Es que el caballo corrió como un profesional, hasta se vió que le sacó boquete a la madrina y apenas es un potro de falsa rienda.

—La verdad que el tiempo que hizo el caballo es de no creerse —confirmaba incrédulo Valente. Pero estas cosas un tanto alejadas de la realidad, tratándose de caballos hay que tomarlas con mucha reserva.

El Coyol desmontó a la madrina que le entregó al Güero, tomó al Gitano de la gamarra, le quitó el freno y la falsa y le puso el almartigón. Masín le arrimó a la otra madrina a quién montó al pelo con la faja suelta. El Güero le entregó el cabestro del Gitano para que lo enfriara caminando el carril varias veces.

A continuación. El entrenador le quitó la camisa al Patas Chuecas y ayudó a Chuy a ponerle la faja y montar, descalzándolo de sus botines Siete Leguas.

Caballo y jinete acompañaron al Coyol jalando al Gitano a lo largo del carril tres veces. En el último retorno hacia la salida El Patas Chuecas empezó a apretar la andadura y a tensar los músculos, intuía que se acercaba el momento de competir.

Masín recogió al Gitano, lo encamisó y colgó en un árbol alejado de los caballos que iban a probarse, acompañado de caballo capón que le servía de madrina. Apresurado se acercó al Chuy para darle las siguientes instrucciones: —¡Ya te diste cuenta que nos están pesando!

—Es la segunda vez —respondió el Chuy.

—Éste es el caballo que interesa que gane y no les vamos a dar gusto. No necesitamos que se destape —indicó el entrenador.

—Ve ha hablar con mí hermano, que no apriete a su caballo, porque a este no lo puedo detener si siente que va a perder —respondió el entrenador.

—No sería correcto para tu hermano. Mientras juegan la salida habla con él y convéncelo de que únicamente se van a jugar la salida. Hagan una arrancada falsa para recorrer medio carril a trote y parar —ordenó el entrenador. Y se retiró hacia un lado sobre la raya de partida.

Los hermanos empezaron a jugarse en serio la salida. Al tercer intento el hermano mayor habló en voz agolpada por los movimientos de caballo: —Coyol, ese señor que está con Valente está pesando los caballos y no nos conviene que sepa cuanto ni como corre el caballo.

—Yo lo había visto desde la vez pasada pero el viejo ya lo había notado. Así que no dije nada. ¿Y entonces que hacemos?

—Eso, juguemos la salida a los siete intentos. Solo arrancamos como si hubiéramos salido en falso, galopamos hasta medio carril y nos regresamos. Desmontamos y nos vamos para casa.

En efecto, la jugada se hizo en serio, a la cuarta emparejada El Patas Chuecas sintió que era el momento y se tensó. Esta acción que se transmitió al jinete quién lo dejó actuar. El Coyol de reojo notó al contrincante muy atrasado apretando los talones a la madrina y aflojando el freno. Caballo de carril arrancó tan violentamente que le tronó el espinazo al Coyol. El Patas Chuecas arrancó atrasado con la potencia de costumbre. Los dos y medio largos hasta la línea de salida los cubrió en un instante exactamente cuando el jinete gritaba ¡No Voy! Haciéndole saber al contrincante que no correría. Al escucharlo Él Patas Chuecas permitió ser refrenado continuando con un galope cruzado con la cara hacia el carril del contrario tascando el freno hasta emparejarlo y adelantarlo. A medio carril, como habían convenido, el Coyol volvió grupas seguido del hermano visiblemente contento. Al acercarse al entrenador le gritaba: —¡Ya viste Masín, le gané la salida!

El viejo volvió la cara hacia el hermano que había escuchado la valentonada. Se cruzaron miradas en las que acordaban: por el momento no sacarlo al muchacho de su error dejándolo pensar que le había ganado la salida al hermano mayor. Después, el mismo se daría cuenta que quién lo había dejado arrancar adelante era Él Patas Chuecas.

Él Patas Chuecas venía sangrando del lado interior de un brazuelo delantero. Masín los había notado desde

la salida agachándose a tomar un puño de tierra. En cuanto el caballo llegó empapó la tierra con sudor del pecho del caballo y con esta pasta le frotó la herida para disimularla. Así sudado lo encamisó y vendó de las cuatro patas, mientras apresuraba al Coyol para que ensillara a la madrina, que aún excitado se resistía hasta que se acercó el hermano y lo tranquilizó.

—¿Cómo le haces para los caballos te hagan caso?
—preguntó el menor.

—Ya aprenderás. Si sientes al Patas Chuecas lo harás más rápido —fue la respuesta.

—¿Y cuándo voy a aprender? Tú eres el único que lo corres —reprochó el hermano sin detener su apresurado ensillado, haciendo estribo y montando.

Masín le entregó el cabestro del Patas Chuecas que obediente seguía a la madrina a todo lo largo del carril. Pasó ante Valente volviendo la cara con una burlona mirada.

Valente con la mente en otros pensamientos apenas lo observó. Al llegar a donde El Güero permanecía con la cinta en la mano le gritó:

—¡Le gané la partida a mi hermano!

El Güero le respondió: —no sería que te dejó arrancar adelante para alcanzarte a las 20 varas —pensando más en El Patas Chuecas que en el jinete.

El hombre más reservado del grupo había echado sumo de limón al orgullo del muchacho ya un poco raspado por el comentario del hermano mayor.

Hermidio el Sordo no le perdía vista al caballo. Se lamentó no haber estado en el arrancadero en donde los caballos muestran su poder, su obediencia e

inteligencia. Seguía buscando en el magín la hebra que le desovillara la madeja, estaba seguro de que conocía al caballo.

Viniendo del Xolache, el fortingo de Manuel el hijo de Hermidio venía haciendo ruidosa polvareda en busca del viejo. Se sorprendió al verlo en compañía de Valente y El Güero departiendo animadamente, bueno hasta donde su sordera se lo permitía. Bajó del vehículo con su temperamento bullicioso y caminar bailador extendiendo la mano y saludando a grito pelado: —Hola Valente, como ha estado —apretándole la mano con enérgico movimiento, después se dirigió al Güero—. Desde la firma del contrato no nos veíamos. ¿Cómo se encontraron con papá?

Valente le respondió de manera que no quedara duda de su posición:

—Más bien lo encontramos medio agazapado entre los pirues —señalando con la cabeza la dirección en que lo descubrieron— no crees que ya está viejo para que lo pongas a hacer trabajos de jóvenes.

—Yo se lo dije muchas veces —respondió Manuel en tono conciliador— pero no entiendo por qué se está comportando tan raro...— hizo una pausa pensando si lo que iba a decir era conveniente. Finalmente se decidió a hablar—. Se le ha metido entre las cejas que conoce al caballo que va a correr en contra de La Catrina y el no poder recordar cuándo o en dónde lo desatina. Valente ¡le prometo que esto no volverá a suceder! —afirmó categórico Manuel, plenamente conciente de la posición comprensiva de Valente y consecuente del Güero, tomando al papá del brazo le habló determinado: —despídase de los señores, nos

vamos para la casa y no se le ocurra regresar por el Xolache ni de paseo.

Se estrecharon las manos concientes de haber solucionado el conflicto. Como era de suponer, Hermidio no quedó satisfecho pero Manuel adivinando sus pensamientos le advirtió: —¡papá, ni lo piense! No va a regresar a espiar al caballo ese, ahora lo han tratado como amigo incómodo, pero no va a tener la misma suerte dos veces.

—Tres —respondió Hermidio.

—¿La otra vez lo cacharon?

—¡Sí! No me le pude esconder al zorro de Masín.

—¡Pues con más razón! Va a volver al carril del Xolache hasta el día de la carrera. —Para esto, ya entraban al centro de Texcoco enrumbando hacia el barrio de La Conchita.

En las caballerizas, el Coyol sostenía firmemente al Patas Chuecas, Chuy y Masín curaban la alcanzada del caballo con un emplasto de alquitrán y petróleo que escoció al caballo que manoteaba enérgicamente sacudiéndose el dolor sin huir el cuerpo o defenderse muchas veces había sido tratado de las mismas heridas.

—Viejo ¿ya viste en donde se alcanzó? —preguntó Chuy señalando la altura de la herida con el dedo.

—Muy arriba —respondió Masín— Como en los mejores tiempos.

—Con el arrancón me tronaron todos los huesos, sí no le pego el grito antes de la raya me hubiera costado pararlo —comentó el jinete.

El hermano menor ponía atención a la conversación y meditaba sí lo que le dijo El Güero era verdad.

—¿Habrá necesidad de pesarlo? —pidió la opinión el viejo entrenador, al novel jinete.

—¡Yo no lo haría! El Patas Chuecas está como en sus mejores días. Para que lo vamos a joder, sabe tan bien o mejor que nosotros lo que tiene que hacer.

El Coyol que escuchaba atentamente estaba aprendiendo a entender a los caballos.

—Hecho —determinó el entrenador—. Irá al carril a reconocerlo y medir la distancia. No lo volveremos a emparejar. Dejaremos que el jinete ¡que te ganó la salida! se encargue de ponerlo y tal vez le aprenda un poco al viejo maestro.

El Coyol pensaba para sus adentros: “que le voy a aprender a Masín” o “es que se refiere al Patas Chuecas”. Lo mejor es que me lo van a soltar en el carril, ya quiero sentir el poder que dice mi hermano que tiene.

Soltaron al caballo en la caballeriza dejando al Coyol que se encargara de cepillar al Gitano y desensillar a los capones mientras ellos iban a conversar con los patrones.

—Ya me explicó El Güero la trampa que le prepararon al Sordo Hermidio. Pero avísenme, me hicieron pensar que teníamos otro invencible.

—No será tan bueno como el viejo Clavileño pero si le cuidamos la boca y aprende a salir nos va a dar dinero —sentenció el Chuy.

—Por cierto: ¡le atinaste al freno! —le dijo Masín reconociendo la virtud del joven.

—El caballo es poderoso y como buen corredor es malgeniado, necesita manos gentiles y expertas. El viejo

Masín ha hecho todo el trabajo con la falsa yo únicamente le quite un freno criminal y le traje uno que considere que el caballo necesitaba, muy livianito y corto de patas pues me di cuenta que el caballo muerde fuerte cuando va a correr, un bocado grande le lastima el paladar, la palanca de unas patas largas le lastima los asientos. ¿Cómo no se habían dado cuenta?

—Ya me lo había dicho el Coyol, pero he estado tan atareado maquillando al Clavijo —Clavillero, Clavijero y muchos otros nombres parecidos le daban al caballo en presencia de Valente, para los que convivían con él y en el círculo de las carreras parejeras era El Patas Chuecas— que descuidé al Gitano.

—¿Por qué decidiste no correr a Clavileño? —preguntó Valente al entrenador. Sabía que una decisión así no la tomaría el Chuy.

—¡Por que nos estaban pesando los caballos! Y... ¡por que no hacia falta! El Clavileño está listo para correr y ganar mañana si se requiriera. Ahora hay que sobrellevarlo para no pasarlo o enfadarlo. Irá al carril a reconocerlo y por cierto, lo va estar presentando el Coyol, ya es hora de ir poniendo al muchacho y quién mejor que es nuestro viejo amigo —Masín hacía señas apuntando con la cabeza a las caballerizas.

—Vamos a comer —invitó Valente— que el chamaco se quede con los animales.

El Coyol le echó una mirada sentenciosa a Masín quién le respondió.

—No te preocupes, regreso antes de dar de cenar.

Tres o cuatro veces más se presentaron los caballos al carril, El Gitano aprendía los secretos de la partida al convenir en las carreras parejeras de la gentil y suave

mano del Chuy. El Patas Chueca, le enseñaba al Coyol a sentir la tensión de los músculos de los caballos y reaccionar amalgamándose en un centauro de dos cabezas y una sola voluntad.

La Carrera.

No hay capillita a la que no se le llegue su fiestecita, ni plazo que no se cumpla, ni deuda que no se cobre. Por fin, se llegó el día de San Antonio y con éste las fiestas de Texcoco. Entonces a lo más que se llegaba era a los juegos mecánicos que se acomodaban en la calle de Fray Pedro de Gante, al poniente de lo que hoy es la catedral, la lotería en el parque acompañando a la multitud de tenderetes que hacían la vida trashumando de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta. Esa vez las patronales se ampliaban hasta el carril del Xolache en donde se llevaría a cabo la carrera afamada entre La Catrina, yegua de Alfonso corriendo por Texcoco y el Patas Chuecas de Don Valente y El Güero corriendo por Lagos de Moreno en Jalisco, y como aperitivo la Carrera entre el palomino de Aureliano y el prieto de los jalisquillos. ¡Y no se necesitó de propaganda!

El primero el llegar a tomar su lugar en el carril fue Juan, un vendedor de barbacoa que empezó antes de que se cayera el portal bajo los arcos en donde ahora está el mercado de Texcoco, con un par de mesas y un toldillo de manta para cubrir el puesto del sol, potentes “spots” de 150 Watt para mantener caliente las carnitas, que encendían con la energía que conseguían colgándose de los cables que llevaban la luz al Xolache. Se acomodó en el mismo lugar en que lo había hecho desde que en el carril se empezaron a hacer festejos de caballos, con carreras de cintas, después llegaron las parejeras que

llamaban a menos gente pero con mucho más dinero. Poco después bajaban la rampa de la entrada, como esperando que se ubicara el patriarca, los Enciso, Carrasco, Castillo, Peña y algunos barbacolleros menos afamados. Poco después entraban los camiones de las dos distribuidoras de cerveza, La de Juan y la de Gil, a repartir a sus clientes cervezas, refrescos y por supuesto mucho hielo y hieleras. La mayoría de los chiteros llevaban sendas tinas de hoja de lata para llenarlas de hielo y cerveza en previsión, pues en las carreras afamadas, el festejo se prolongaba hasta bien entrada la noche.

Poco después llegaban las vendedoras de tortilla acompañadas de sus maridos o alguno de sus hijos varones en edad de ayudar y el chilpayate a la espalda, un anafre, un comal y carbón de las montañas de Texcoco arriba, un balde con agua, uno o dos baldes con masa de maíz; las afortunadas buscando a los barbacolleros con los que tenían un convenio no hablado para sentarse en el suelo a mano siniestra del puesto para vender sus tortillas recién torteadas. Los acompañantes, excepto el pequeñín que quedaba sobre el rebozo atrás de la mujer sin molestar para nada. Dejaban acomodada a la mujer para regresar por ella para cuando calculaban que se había terminado la hora del almuerzo. Entonces la ayudaban a levantarse para que con la prisa que les permitían sus entumecidas piernas, se perdiera entre la milpa, los árboles o atrás de los mogotes a descargar las aguas acumuladas desde poco antes de la media mañana en que se habían sentado a la usanza de las mujeres indígenas, sobre sus muslos y talones a sudar la gota gorda entre el polvo que levantaban los pies de los clientes, el vaho de la carne de borrego recién horneada, el humo del fogón, la premura de tener tortillas para cuanto cliente llegara a

exigirlas y sin perder la cuenta de cada cliente y la del dueño del puesto:

¡Solo las mujeres son capaces de hacer este tipo de trabajos!

Cuando era hora de retirarse, hundiendo la cabeza entre los hombros, retirándose de la cara una guedeja de pelo mal acomodado y limpiando con el antebrazo las últimas gotas de sudor se despedían del puestero. Este si tenía tiempo hacia cuentas con la señora si no con un: “mañana llegas para hacer cuentas” se retiraba con las propinas que le habían dado directamente los clientes, pero sin el dinero producto de las tortillas que generalmente tenía el puestero pues, más por estar ocupada torteando y cuidando el comal que por higiene, cedían el trabajo de cobrar: “¿cuánto del señor?” preguntaba el puestero, “¿dos pesos con cincuenta?” contestaba la señora, al dueño del puesto. Si este veía que el cliente era de los ‘roñosos’ tomaba un lápiz que mantenía montado en la oreja para garrapatear una cuenta sobre un pedazo de papel de estraza, en voz alta para que el cliente escuchara y viera: doce tacos de barbacoa; cuatro tacos de pancita; cinco de trompa; cinco cervezas y dos kilos de tortilla, por supuesto, uno era para él; al fin gritaba una cantidad que el cliente ni siquiera revisaba, en las carreras de caballos se puede ser “roñoso” pero no aparentarlo. Si el cliente era conocido, el marchante recitaba de memoria el consumo o le preguntaba al cliente que había consumido llevando la cuenta mentalmente para dar una cifra de consumo. Después de cobrar el concebido: “Muchas gracias patrón”. Algunos clientes dejaban propina ex profeso para la señora de las tortillas que los barbacolleros viejos separaban en algún recipiente y religiosamente entregaban al final de la jornada, otros clientes preferían hacer la donación directamente a la señora quién

agradecía el obsequio con unos profundos ojos negros enrojecidos de humo y sudor tomando el billete o las monedas con una mano tan rápida y certera como una serpiente que se perdía en el refajo de su mandil.

Afortunadamente, la mayoría de los puesteros aceptaba las cuentas de las señoras y entregaba el monto que les cobraban, otros repelaban un poco y los menos se quedaban con las ganancias de las pobres mujeres. Por eso, algunas preferían hacer su puesto aparte, aunque ganaran menos no corrían el riesgo de perder el trabajo y los ahorros que usaron para adquirir la materia prima.

Ya muy cerca de las once aparecía un carro de la Corona con dos mesas largas, acompañadas de sus respectivos bancos, una parafernalia de toldos, platos, cubiertos, ollas, cazuelas y Quica a la par del chofer. La venerable matrona se había ganado a pulso un lugar muy especial en las preferencias de los texcocanos por su buena cuchara, además de la amistad que implica ser de una familia añeja del pueblo. Y de las atenciones de Gil, el concesionario de la cervecería de quién se decía que andaba loco por la bella hija de la señora y su marido, un chipileño recién fallecido, quién le apartaba sitio y prestaba servicio de transporte en todos los festejos de pueblo.

El restaurante de doña Quica se había venido utilizando como centro de reunión de los corredores quienes aprovechaban el sitio para guardar sus maletillas, para alimentarse con buen gusto y poco dinero, y para transar apuestas entre uno y otro.

Hacia las once, un hormiguero de gente bajaba por las rampas, en auto, a caballo, en bicicleta o a pie para ir buscando acomodo en los bordos a la sombra de algún pirú. Poco después hacía su aparición El Gitano al

cabestro del Coyol que traía un capón, elegantemente encamisado, con las patas vendadas y los cascos muy bien engrasados, caminando el carril bajo un murmullo de voces de las gentes que dejaban sus actividades para arrimarse a las orillas y ver desfilar al primer contendor del día: “ahí viene el caballo de los jalisquillos”; “dicen que es un prieto muy joven”; “es de Valente y El Güero” decían los más conocedores; “va a perder con el palomo de Aureliano”; “¡tienen pinta de corredor!” sentenció Fiacro, uno de añejos charros del pueblo. Retornando a sus entretenimientos en cuanto se alejaba hacia la partida en donde lo esperaba Masín con un botiquín de menjurjes a quién ayudaba el hijo de Don Manolo con quién se había desarrollado una sincera amistad, y le serviría de asistente. Domingo los había transportado en la camioneta GMC del patrón, poco tiempo después de que El Gitano salía a enfrentar su destino cabestreado por el Coyol, elegantemente vestido a la usanza de los de a caballo jaliscienses: relumbrosos botines Siete Leguas; pantalón de corte vaquero de color negro hecho a la medida heredados del hermano mayor; camisa negro y azul cobalto con botones de hueso; corbatín de cintillas de cuero y chapetón de plata con la esfinge de la cabeza de un caballo orlado por una herradura; y un alón sombrero de lona de color hueso.

Desde el Xolache, llegó el elegante automóvil guiado por el Güero con Valente, el Chuy y una caterva de amigos, todos ellos amantes de las carreras parejeras a quienes habían invitado para ‘hacer contrapeso’ a los texcocanos. “Solo sombrerudos” exclamó José Luís, al verlos bajar del automóvil en las improvisadas caballerizas de la troje del Xolache, el hijo de Ernesto, el encargado de las vacas.

Masín, apenas lo vió bajar se acercó y tomándolo del brazo lo retiró del grupo de amigos avisándole y

consultándole de la decisión que venía madurando desde hacía días y que acababa de tomar:

—Valente lo he pensado mucho y si queremos ganar, las dos carreras que al Gitano lo corra el chamaco si no hay jinete comprometido.

—¿Él Coyol? —preguntó muy extrañado Valente.

—¡Si él mismo! —confirmó el viejo.

—Masín, siempre he respetado tus decisiones, pero esta me parece descabezada, el muchachito no llega a los quince.

—Hazme caso Valente. Has visto como ha progresado.

Valente se quitó el sombrero, se rasco la cabeza, justo en donde la piel pasaba de moreno a blanco por el uso constante del sombrero y llamó a voces:

—¡Chuy, Chuy! Ven.

El corredor, vestido muy parecido al hermano se acercó con su paso ágil de cervato preguntando:

—¿Sí señor? —poniendo la atención que exigía la actitud de Valente.

—Ya te dijo el viejo que no vas a correr al Gitano —le avisó Valente.

—No, ¿lo irá a correr él? —replicó Chuy tomándolo un poco en broma.

—Es serio lo que te digo. Nos jugamos buena plata y prestigio.

—Masín —dijo el Chuy enfrentando al entrenador —¿por qué crees que es más conveniente que yo no corra? —llevando la conversación a un nivel personal.

—Prefiero que corra el Coyol primero porque no hay nombre de jinete comprometido; segundo nadie lo conoce y; tercero y más importante, la carrera que debemos ganar es la de Clavileño, así, el jinete de la yegua no tiene oportunidad de pesar al Chuy. Esto nos da ventaja para la siguiente carrera —aclaró sus puntos el entrenador.

—Me parece que esta bien pensado. ¡Que a Gitano lo corra el Coyol! —reafirmó—. Y esté tranquilo Valente, el chamaco pinta para ser mejor que yo, El Clavileño me lo ha educado muy bien —expresó el Chuy para tranquilizar a su patrón.

—¡Que así sea! Arriesguémonos en la primera para asegurar la segunda —terminó la conversación Valente.

—Valente, apuéstele fuerte a ésta, El Gitano va a boquetear —recomendó sentenciosamente el entrenador.

Poco después apareció el Palomo, por la misma ruta, la misma dirección y la repetición de comentarios a su paso.

A las once y media, los jueces El Charro Juvencio y el Gerardo El Santero. Los del Rancho el Temozón habían declinado nombrar sus jueces confiándose a la honorabilidad de los elegidos por los texcocanos, se apersonaron en el medio del carril sobre la línea de partida que previamente habían marcado con un chorro de cal llamando a los dueños o representantes de los contendientes.

Por un lado apareció el Güero, Masín y el Coyol, por el otro Aureliano, su hijo y Manuel, el hijo del Sordo Hermidio que correría al Palomo. Cuando Masín vio quién era jinete contrincante descansó en la

preocupación del peso pues Manuel era muy menudo pero se preocupó por la calidad, pues era buen corredor. Pensó por un momento en arrepentirse, llevándole las manos a las bolsas traseras del pantalón, actitud que tomaba para poner atención echando el cuerpo para atrás y ver a los ojos de sus interlocutores siempre más altos, sintiendo un bulto que le volvió a dar calma.

Gerardo el Santero releyó las reglas de la carrera estampadas en el contrato:

—La salida será al convenir, media hora de paseíllos para mostrar los caballos, media hora de reniego y si no se ponen de acuerdo, arrancarían a un tiro de pistola que dará el señor Juvencio que actuará como juez de salida. ¿Ya escogieron carril o se lo juegan en un volado? —preguntó a los representantes.

Aureliano dándose aires de condescendiente y en tono de suficiencia dijo: —¡que los señores escojan!

Masín, El Güero y el Coyol cruzaron una mirada de inteligencia, respondiendo El Güero con tono firme:

—Este —señalando el izquierdo, elección obvia para aquellos conocedores que asumen que la mayoría de los caballos son zurdos.

—Todos conformes —preguntó Gerardo.

—Sí —respondieron los dueños de los caballos.

Excepto los jinetes, el grupo empezó a caminar el carril, cada equipo por su lado pateando hacia el exterior piedrillas y revisando el piso. Acción que ya no tenía sentido pues muy poco podría arreglarse o cambiarse en el terreno. Llegando a la meta Gerardo volvió al contrato leyendo:

—El juez de llegada nombrará a dos asistentes que le ayudarían a dilucidar al ganador en caso de una llegada muy apretada. Estos son: Don Miguelito y Don Sacramento —haciendo la presentación oficial. Una pequeña ventaja de los locales que pocas veces acarrea consecuencias en las decisiones.

El Güero y Masín acompañados Aureliano e hijo desandaron a paso ligero las seiscientas varas. Y como una ola, los corredores de apuestas se tiraron al carril buscando apuestas “dos mil al palomo”, “quinientos al bayo”, parecía que las apuestas se cargaban al caballo con más experiencia que había ganado las últimas carreras.

Al llegar, los jinetes con la cincha la fusta, Manuel con unos acicates y ambos sin zapatos estaban listos para pasar a la romana. Cincuenta y un kilos anunció el Charro Juvencio el peso del Coyol. Manuel, menos hábil y de mayor edad luchaba para mantenerse colgado del gancho de la balanza que algún ocurrente había colgado de una rama baja de un pirú, cincuenta y dos kilos y medio anunció el juez. Hay que emparejar kilo y medio. Masín sacó de un maletín tres bolsitas de municiones que el Coyol, nerviosamente repartió en las bolsas del pantalón encaramándose de nueva cuenta en el gancho de la romana: cincuenta y dos kilos y medio canto el juez.

Cada jinete se dirigió a su cabalgadura, el Palomo de Aureliano listo, el Gitano del Temozón con las vendas puestas. Se les pusieron las cinchas y los jinetes tomando bridas y un puñado de crines echando un paso hacia atrás pegaron el brinco para quedar a horcajadas en los lomos. El primero en presentarse en el carril fue el Palomo y su jinete que con un trote apretado mostraban sus fortalezas de cuarto de milla.

Masín no soltaba las riendas del Gitano dándole consejos al jinete, llevó la mano a la bolsa trasera de su pantalón sacando un paliacate de seda profusamente alamarado que entregó al jinete diciéndole: —Toma Coyolito, un recuerdo de tu primera carrera formal —el joven se le quedó viendo con cara de extrañeza, no creía al viejo capaz de tal gesto de cariño. Soltó las riendas del caballo y se ató el elegante paliacate en la cabeza al estilo chinaco. El viejo no le soltó las riendas, antes debía escuchar su último concejo—. A Manuel, el hijo del Sordo Hermidio ya lo conoces de cuando su papá nos espiaba en el carril, ahora es tú contrincante y viene bien aleccionado sobre tú técnica, es un buen jinete y tiene mucha experiencia, es probable que te mande por delante, no le vayas a dar el lado pues te puede salir de atrás. Imagínate que es tú hermano, y muchacho ¡es muy importante que ganes tú primera carrera! —liberándole al caballo que inmediatamente se puso tenso y levantó la cabeza sacudiéndola como en sus peores momentos, seguramente extrañó la mano. Esta actitud no pasó inadvertida a los apostadores.

El caballo salió a dar sus paseillos de calentamiento cruzado, es decir, con la cabeza mirando hacia fuera del carril y las grupas hacia adentro, posición que únicamente podían permitirse a un caballo y jinete inexperto. El caballo iba sacudiendo la cabeza. El Coyol hacía evidentes esfuerzos para controlarlo y alinearlos a la posición contraria, este movimiento para los que se creían expertos significaba que el caballo era rajáo, o sea que le iba huyendo al carril, señal para apostar en contra. Atrás del Gitano del lado del Palomo los corredores gritaban “cinco mil al Palomo”, “tres mil a Texcoco” según su propio estilo para conseguir colocar las apuestas

Al regresar de su primer paseo, apenas entrando al partidero se acercó el Chuy al hermano reclamándole en tono enérgico:

—¡Que te pasa, no puedes controlar al caballo!

El joven se le acercó y le hizo una seña hacia el talón que apretó contra el sobaco del caballo quien reaccionó engarruñándose y moviendo la cabeza, movimiento que cesó en cuanto el jinete dejó de clavarle los talones y bajar las riendas. El hermano movió dubitativamente la cabeza, dándole una palmada en el muslo a él y enseguida otra al caballo en el anca del caballo regresando al lugar en donde lo esperaba Valente y sus amigos con expectación, preguntando discretamente rehuyendo la cara a los curiosos:

—¿Qué le pasa al caballo, le están regresando las mañas?

En tono de confesionario el Chuy informó al grupo: —apuesten sin miedo señores, el jinete tiene el control total del Gitano.

En ese momento llegaba un elegante Cádillac color gris del que bajaron los Dones: Justo, Manolo, Chano, El Capitán, Duncan, Mauricio, Silverio, amigos texcocanos que habían invitado a la afamada carrera. Se integraron al grupo de Valente saludándose como viejos conocidos.

—Ya estamos en las presentaciones y vamos muy bien —anunció Valente dirigiéndose especialmente a Justo.

—Que bien —respondió—. Señores, vamos arrimándonos la llegada sugirió al grupo.

Los recién llegados se dirigieron hacia el este conversando animadamente por parejas en medio del

carril. Los concedores hablaban al paso de la comitiva: “ésta si es una carrera afamada, pura gente principal, hasta Justo el del hipódromo está presente”.

Un poco después de hablar con Valente, sus testafellos salieron en la misma dirección diluyéndose como polvareda después que pasa un ventarrón a medida que se aproximaban a la meta a donde llegaron Valente y El Güero.

Momentos antes de que se terminara la media hora de presentaciones y Juvencio El Charro tomara su lugar en la raya de salida, cuando los corredores de apuestas cantaban: “aquí hay diez mil tronchaos al Palomo”; “aquí quince mil a tercios al Palomo”. Pues el Gitano cada paseíllo se comportaba más indómito. En ese momento, aparecieron de entre los árboles voces de los testafellos dirigidas a los corredores de las apuestas: “para mí”, “yo los agarro” y en menos de dos minutos se casaron todas las apuestas disparejas a favor del Palomo; se cazaron muchas más a cantidades parejas; al final, las apuestas se inclinaron a favor del Gitano debido a la cantidad de dinero aportado por el grupo del Temozón.

—Señores alistarse para el reniego —anunció el juez a los jinetes.

Los entrenadores y caballerangos como equipos bien entrenados entraron a limpiar el sudor y acomodar las cinchas. Masín a quitarle las vendas al Gitano, y frotarle únicamente con las manos pues se prohibía cualquier linimento o ayuda. Soltó las vendas a un lado, le acomodó la faja al jinete procurando que pasara por atrás de las bolsas de municiones, animando al muchazo: —es tu momento, aprovéchalo.

—Fuera gente, caballos a la raya —fue la orden del juez.

El Coyol bajo las manos y pegó las puntas de los pies al cuerpo del caballo. Como si hubiera tomado un bálsamo maravilloso, El Gitano se armó. Y empezó el juego de convenir la partida, muy atento a las órdenes del jinete.

En las primeras entradas parecía que Manuel iba a robarle la carrera al muchacho pues El Gitano, aunque muy recogido seguía dando el lado. Arrancó Manuel y un grito de —¡no voy! —del Coyol para llevar a los caballos unas cincuenta varas para tranquilizarlos y regresar al paso. Mientras el Palomo se veía tenso y queriendo galopar, El Gitano lo hacía muy recogidito y relajado alternando los movimientos de las orejas. Muchos de los que apostaron a favor del Palomo ya no estaban tan seguros, él prieto ya no estrellaba ni cacheteaba.

El Coyol entró un poco adelantado a Manuel dándole el lado como lo había hecho desde el principio; Manuel previno al Palomo; el Coyol volteo al Gitano que podía ver por primera vez al contrincante directamente mirando hacia el lado; jinete y caballo percibieron instintivamente que Manuel mandaría Al Palomo y en sincronía perfecta, El Coyol pego una potente voz —¡vamos! —El Gitano arrancó un unos cincuenta centímetros atrás del Palomo, cuando Manuel quiso reaccionar su caballo ya había cruzado la línea de salida y no había retorno, a las sesenta varas El Gitano llevaba una buena ventaja que no perdió hasta que pasó como exhalación por la meta.

—¡Ganó Temozón! — Don Miguelito el asistente colocado en al lado del Ganador, levantaba y jalaba un

listón rojo gritándole a Don Sacramento, el juez que estaba en el otro lado:

—¡Ganamos!.

Al mismo tiempo, volaban sombreros de los ganadores y se azotaban rodando por el suelo los de los perdedores. A trote regresó en primer lugar, como debía de ser: Él Gitano y su jinete que llevaba enarbolado el listón rojo que lo acreditaba como ganador. Como una avalancha, los curiosos chamacos se cerraban a paso del Gitano persiguiendo a sus héroes rodeándolos en su llegada. Con esfuerzos Masín se acercó al Gitano y ayudó a desmontar al Coyol que no dejaba de gritar y brincar de alegría hasta que el viejo le llamó la atención: —muchacho ayúdame a enfriarlo y vestirlo.

—¡No viste que gané, y como me jugué la raya!
—se vanagloriaba el joven.

—Claro que lo observé y me alegra mucho, pero hay que cuidar al caballo y somos dos y el hijo del patrón que nos está ayudando. Váyanse ligero al Xolache y se traen al Otro Caballo.

—Me lo traigo al cabestro —preguntó el Coyol.

—¡No, te vienes montado al pelo, el viejo necesita calentar los huesos.

Ambos muchachillos de más o menos la misma edad, salieron del carril por donde había entrado Él Gitano, a su paso, jinete y caballo recibían los halagos del público conocedor y la algarabía de la retahíla de muchachillos que los seguían imitando los movimientos de los caballos en la salida y la carrera.

“Patrón los felicito” le gritaban a Don Manolo sus empleados, los ordeñadores que sin soltar sus bicicletas esperaron el desenlace de la carrera para salir corriendo

a llenar los pesebres de las vacas en el establo y otros conocidos, gente común que creía que era el dueño de los caballos.

Al calor de los “wiskis” que les servía Doña Quica y la excitación de la carrera al Capitán, un señor de Pachuca que había sido personaje importante en el departamento de policía del Distrito Federal en algún gobierno anterior y afincado desde hacía varios años en Texcoco, se le ocurrió decir: —yo tengo un caballo que no le va a la zaga a ninguno de los que corrieron—. Un hermoso caballo dedicado a la charrería pero que de carriles no sabía nada.

Se había congregado alrededor de los Dones, las gentes de La Asociación de Charros de Texcoco y Hermanos de la Hoja, dos asociaciones que se habían refundido a regañadientes, pero conservando los dos nombres, bajo la promesa del Faraón, entonces presidente municipal, de dotarlos de un lienzo charro.

—Juéguelo contra el caballo de Manolo que usted escoja —invitó el licenciado Durán quién perteneció a la asociación contraria a la del Capitán. Inmediatamente fue apoyado por los Bustamante y un gran coro De Los Hermanos de la Hoja.

—Ustedes saben que yo no apuesto —trataba de quitarse el tiro el Capitán que en el periodo de fusión era presidente de Los Charros de Texcoco. Y era cierto, por razones que no vienen al caso, en algún momento de su vida decidió no entrar en juegos de azar.

—Que sea una comida para la asociación para celebrar la integración —terció Don Chano.

El Capitán, arrepentido de su imprudencia acepto a regañadientes. Al final no honraría el compromiso

dejando a Don Manolo que cargara con los gastos. Según él Capitán, su promesa se lo impedía.

—Para no tomarle ventaja con un caballo puesto al carril como El Gitano, que la carrera sea contra el Patotas, el caballo que está montando Manolín —Chano, terminó de completar el reto sabedor de quienes eran los dueños de los caballos que corrían ese día.

—Que sea para el 15 de septiembre, antes de nuestra charreada del 16 —redondeaba el festejo Gerardo el Santero.

El Capitán únicamente movía la cabeza, no se sabía si era para asentir o para recriminarse.

—Mañana en mi oficina podemos firmar el contrato —invitó el licenciado Durán visiblemente complacido de la mala pasada que le estaban dando Al Capitán.

—No hace falta, estamos entre gente honorable y la palabra de estos señores es más que suficiente —zanjó tajante un Don Justo que se notaba muy nerviosos al ver entrar por el carril a su caballo.

En ese momento el carril era un hervidero de gente. Por el puesto de Peña se había instalado una mesa en donde un tallador tiraba albures con una nueva baraja española que renovaba por otra que desempacaba a intervalos regulares de uso. Aquí se habían acomodado los chipileños Ernesto y Domingo que habían dejado sus labores dispuestas para hacer la fiesta, con una cerveza en la mano jugaban unos pocos pesos esperando la carrera principal, observados atentamente por los dos hijos de Ernesto desde los pirues.

A muchos les extrañó que el caballo de la carrera llegara encamisado y montado. Otro truco de los

jalisquillos para distraer la atención. Hermidio no había tenido gusto en la primera carrera, aunque siguiendo los consejos de Valente, apostó en contra de su hijo, negocios eran negocios, en cuanto pasó el caballo al frente se puso detrás de este. Le parecía que el pelo se le había oscurecido. Se contrarió porque el caballo venía cubierto por un vendado que bajaba los cascos y subía los brazuelos.

—Hola Sordo ¿cuánto perdiste? Que repasada le dio mi jinete a tu hijo —le saludaba un burlón Masín.

—Viejo, sólo apuesto a lo seguro. Aunque el palomino es muy bueno y mi muchacho buen jinete, tú jinete no me engañó y en honor a la verdad, Aureliano no tiene un buen entrenador —reconocimiento que hacía a las habilidades del antiguo conocido.

Hermidio se hizo a un lado perdiéndose entre el barullo de gentes que admiraban a los contendores apostándose en un sitio que le permitía observar con tranquilidad al caballo de sus malos sueños y suponiendo que su compadre Alfonso y sus hijos no iban a regalar el lado.

Los jinetes se pesaron, el Chuy tuvo que fajarse un cinturón con una plomada de poco mas de siete kilos, la diferencia entre el peso y la ventaja con el otro jinete, un afamado corredor de parejeras de esos rumbos del estado de México, flaco y de elevada estatura, que no es lo mejor para estas lides.

La yegua era un hermoso animal, quizá exquisito para estar en lizas parejeras que despertó la admiración de propios y extraños al hacer su presentación en el carril: con la soltura y prestancia de las campeonas.

El caballo, un cuarto de milla cruzado parecía un burdo campesino al lado de una princesa. Su galopar

tosco, desgarrado y hasta indolente, hicieron que nuevamente las apuestas se inclinaron a favor de Texcoco. Se terminó la media hora de presentaciones con todas las apuestas contra el caballo casadas, algunas pagando pesos a tostones, era la consigna de Don Justo en la que invirtió mucho dinero y que los testaferros de Valente, jugaron hábilmente para no dejar ir ninguna apuesta.

—Caballos a la raya —anunció el juez.

Masín, para descanso de Hermidio, por fin le quitó las vendas al caballo.

Empezó el juego en el arrancadero, ya amenazaba el Chuy, ya lo hacía el desgarrado jinete flaco. En un momento que le pareció apropiado al Chuy mandó al caballo que arrancó con violencia. El grito de —¡no voy! —del jinete de la yegua detuvo la salida, el caballo corrió unas sesenta varas y regresó con una herida sangrante en el mismo lugar que se había ocasionado en el entrenamiento. Lo abrasivo de la arena y el sudor quitaron el betún, la grasa de los cascos diluyendo el tinte dejando ver los dos cascos blancos y los bajitos albos posteriores del caballo.

—¡Quedan diez minutos de reniego avisó el juez a los corredores.

Una nueva salida en falso, de la yegua que arrastró al caballo unos cuantos metros. Para relajarlo Chuy lo llevó hasta donde llegó la yegua regresándolo a galope corto que ahora el caballo hacía erguido y con las orejas enhiestas hacia el frente, una figura que hacía ver disminuida la del contrincante. Entró en el área de convenir la partida. El caballo giró ciento ochenta grados ágilmente sobre su pata derecha. Hermidio no le

perdía mirada sin saber que era lo que exactamente buscaba.

En ese instante, una descarga eléctrica que se inició en algún recóndito lugar de su cerebro le recorrió todo el cuerpo hasta salir como exclamación de su voz destimbrada de sordo que llamó la atención de todo el mundo, excepto, quizás al propio:

—¡PATAS CHUECAS!

El hombre se dirigió a toda velocidad ante el asombro de los espectadores haciendo señas con el sombrero hacia alguna persona en la línea de llegada.

Mientras en el partidero el drama continuaba. —Quedan cinco minutos de reniego —informaba el juez.

Chuy llevó al caballo hasta el fondo de la zona de juego. El caballo se alineó mirando hacia fuera del carril esperando a la yegua que volvió el frente hacia el carril. En ese momento el caballo entro en tensión cambiando el paso para mirar a la yegua; su oreja izquierda echada hacia atrás y la derecha la frente. La yegua triscaba el filete y mantenía las orejas hacia atrás observando al caballo que estaba unos tres cuerpos retrasado. El jinete de la yegua, por su estatura mantenía una postura agazapada que cobró en cansancio: el jinete relajó el cuerpo enderezándose un poco para liberar el dolor de cintura acumulado que se hizo insoportable; la yegua movió ambas oreja hacia la posición del jinete esperando una orden. Estos movimientos no pasaron desapercibidos para el caballo y el Chuy; el Patas Chuecas decidió arrancar sin esperar la orden del jinete que habría llegado centésimas de segundo después con el grito de —¡vamos! —Del Chuy.

La yegua arrancó con violencia al grito, el desgarbado jinete se quedó en la mente con un contrincante tres cuerpos atrás y echando el cuerpo para adelante mandó a la yegua con un fuetazo. La yegua que no tenía la vista al frente, arranco un poco sesgada hacia el carril del contrario, un ligero movimiento de riendas y del cuerpo del jinete flaco fue necesario para encarrilarla, milésimas de segundo que bastaron para que el Patas Chuecas, con una potencia de locomotora repletita de vapor la alcanzara en cuatro extensas alargartadas que le producían heridas en el interior de los brazuelos y disparaban pedazos de tierra arrancados al carril por los potentes cascos a metros de distancia, necesarios para alcanzar su plena velocidad. Los tres cuerpos de ventaja con que salio la yegua, se esfumó.

—¡Compadre, Compadre! —seguía gritando desahogado Hermidio a su amigo Alfonso que acababa de percibir esperanzado el arranque de los caballo con su yegua muy por delante.

A las cien varas ya venía adelante el caballo con medio cuerpo, su jinete apenas asomando el ojo izquierdo por a ras de la tabla del cuello al frente y a su contrincante. El jinete contrario tenía que sacar más de media cabeza al lado derecho y haciendo movimientos del cuerpo para asentar enérgicos fuetazos en las ancas de la yegua, que no necesitaba para hacer su máximo esfuerzo. A las trescientas varas, el caballo llevaba un cuerpo de ventaja y Chuy seguía sintiendo el esfuerzo de ganar velocidad en los lomos del caballo. A las quinientas varas la distancia era de dos cuerpos.

—¡Compadre, Compadre, nos chingaron con el Patas Chuecas! Te dije que conocía al caballo —avisaba el Sordo a su Compadre y paisano Alfonso, colocado en la meta en frente de Justo, que veía pasar como

exhalación a su ganador adelante por apenas medio cuerpo, pensando con un escalofrío, “en cien varas más nos gana”. Claro, él no había vivido con el caballo.

El Chuy regresaba con El Patas Chuecas a galope corto y sudando profusamente, más por la tensión psicológica que por el esfuerzo físico, resoplando por unos ollares increíblemente abiertos y sangrando a goterones de las heridas abiertas por sus cascos chuecos en sus brazuelos delanteros pero orgulloso de su primer lugar, por el mismo carril llevando a un jinete que levantaba en su mano derecha el listón rojo.

Justo cruzó el ancho del carril después de que Don Miguelito jaló el listón rojo gritando —¡gano Temozón! —abrazando condescendentemente a su amigo del hipódromo pero oculto contrincante diciéndole:

—Lo siento amigo Alfonso, no pensé que La Catrina pudiera perder. ¡Es muy buena yegua! —y era sincero pues, aun cuando el Patas Chuecas cruzó la meta nunca se sintió confiado de su caballo, tal vez el enamoramiento que sentía por la yegua lo nublabla el entendimiento.

Después de asimilar su ansiado triunfo llamó aparte a Valente:

—Junta a tus hombres, escoge al que consideres mejor negociante y mándalo a comprar a la yegua.

Valente pasó la orden al Güero quien la circuló entre los testafellos que estaban metiendo el dinero a puñados en sus bolsillos. Estaba por elegir a uno llamado Emilio cuando vio pasar a Dionisio, tirando para adelante su bastón de otate y con paso de marinero. Volviendo la cara, él español, levantó la mano hasta tocar el ala de su gacho sombrero alón en un discreto saludo.

—Güero, voy a meterme al auto, mándame a Dionisio —señalando con una torsión de boca al aventurero español.

Llegó Dionisio al automóvil con el puro en la boca y con su usual voz ronca y determinante preguntó: —¿para qué soy bueno?

—Dionisio, Justo quiere hacerse de esa yegua— informó sin preámbulo al compraventero.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar? —preguntó Dionisio.

—Es un capricho del hombre —fue la respuesta.

Dionisio discretamente bajó del automóvil y se dirigió hacia donde estaban los dueños de la yegua. A medio carril se arrepintió y regresó al lugar en donde la limpiaban y donde estaba Juan José, el menor de los Hijos de Don Alfonso, y por entonces, entrenador de la yegua. Muchacho joven e impulsivo había apostado mucho dinero a su yegua sabedor de su innegable calidad.

A escasos centímetros del joven, Dionisio no recordaba el nombre. Como llegado del cielo, habló y en lugar de llamarle “joven”, llamó su atención diciéndole:

—Juan José, tengo clientes para tú yegua.

—Papá no la quiere vender —respondió el joven que vendaba las manos de su yegua.

—No estoy tratando con tú papá —le replicó Dionisio en tono retador del que quiere forzar a un impetuoso joven a hacer tratos sin la presencia del padre.

El joven meditó un momento y preguntó: —¿Cuánto están dispuestos a pagar?

“Ya picó el pez” pensó Dionisio respondiéndole:

—Lo que pidas, que no sea un capricho. Mis clientes son inversionistas no tontos, saben cuanto vale la yegua para la cría. Comprenderás que perdiendo con un caballo tan jugado como El Patas Chuecas, ha perdido su utilidad para las carreras, ha quedado bien pesadita... Y también entienden cuanto vale el cariño hacia un animal.

El joven ya había estado tragándose todo lo que le anunciaba Dionisio, meditando un poco hizo una suma de lo que había perdido de compromiso, el valor de la yegua como corredora en el hipódromo, lo que había apostado él por fuera, lo que sabía había apostado la familia y lo multiplicó por dos. Cantidad que pidió al corredor.

—Me estas pidiendo un capricho, bájale y nos arreglamos —fue la contrapropuesta.

—Si me la pagas ahora y en efectivo: ¡te la llevas! —habló envalentonado el joven considerando que las condiciones eran muy buenas esperando con esto, salvarse de la reprimenda del padre.

—Aquí no tengo el dinero. Si me permites llamar al representante de los dueños y preguntarle si cuenta con lo que pides, puede ser ahora.

El monto era mucho y el muchacho acepto, ya con un reflejo de codicia en los ojos.

Dionisio dio un giro, haciéndole una seña al Güero, que no estaba lejos, para que enviara al supuesto comprador. En pocos momentos llegó un hombre

elegantemente vestido a la usanza del norte con un maletín en la mano.

Emilio le dijo: —aquí está el dinero que logramos juntar, si no alcanza me avisa. Hay un documento que debe firmar en presencia de al menos dos testigos. Dionisio torció la boca en señal de desaprobación, pero respondió:

—Lo vamos a intentar.

Se dirigió nuevamente a Juan José entregando el cabestro de la yegua a uno de sus asistentes que montado en una madrina se disponía a retirarse con la yegua. El joven le mandó: —¡espérate!

Dionisio abrió el maletín sobre el suelo cuidando que el contenido quedara oculto al joven, fue sacando y contando fajos hasta completar la cantidad estipulada. Diciéndole al joven:

—Juan José, aquí está lo que pediste por la yegua, fírmame este papel con dos testigos y finiquitamos el negocio.

Los ojos le brillaban al joven cuando Dionisio estudiadamente contaba el dinero ante sus ojos.

Considerando que se le pediría un documento formal se puso a buscar a dos personas que le pudieran servir de testigos. En ese momento, los jueces estaban por entrar al carro del Charro Juvencio gritándoles: —¡Don Gerardo, Don Gerardo! Nos harían un favor —haciendo señas con la mano para que se acercaran. Los jueces se aproximaron respondiendo—. ¡Claro, lo que quieras!

—¿Nos servirían de testigos para certificar la venta de La Catrina? —los jueces lo miraron extrañados pues habían escuchado de voz del mismo Alfonso que la

yegua no se vendería, pero confiados al estar en presencia de gente del pueblo tenidos por honorables no hicieron comentarios.

El joven leyó de manera ansiosa el documento firmando al calce y escribiendo su nombre. Lo mismo hicieron Gerardo El Santero y El Charro Juvencio. Gerardo pregunto en su particular manera de hablar llena de erres: —¿Don Dionisio, usted no firrrma?

—Soy el corredor. No tendría el capital que se ha pagado por La Catrina —respondió con el nombre de la yegua, considerando que el costo de la yegua lo ameritaba.

Así se dan las cosas, las personas que juzgaron la derrota de La Catrina, certificaban el cambio de dueño. Esa noche la yegua durmió en el Xolache inquietando al par de garañones ganadores.

Dionisio con el maletín y la noticia regresó al automóvil de Valente.

—Toma —estirando el brazo con el maletín—. ¡Hicieron la chica!— pues a pesar de lo que costó La Catrina, sobró una considerable cantidad.

—¿Muy difícil el negocio? —preguntó Valente con un dejo de desesperanza.

—Si consideras lo rápido que se negoció pareciera que no, pero llegamos en momento apropiado. Puedes informarle a Justo que le conseguí la yegua y espero me lo retribuya generosamente.

El rostro de Valente se relajó en una amplia sonrisa, abriendo el maletín vio una buena cantidad de dinero y el documento firmado. —¿Cuánto te debo? —interrogó al comisionista.

—Si no te importa, prefiero visitar a tú socio en su oficina. Yo le llamaré para ponernos de acuerdo.

Valente llamó al Güero y a sus testaferros. Pagó las comisiones, separó algo más de lo prometido a Masín, al Chuy y al Coyol. Dejando a los amigos disfrutando las bondades del negocio con unos tragos, encaminándose con el documento de venta hacia el improvisado restaurante de Quica, en donde Justo con sus acompañantes comentaban la carrera tomando unos “wiskis” acompañados de tacos de carnitas, barbacoa y otras botanas. En cuanto estuvieron a la vista, Valente movió como bandera el documento haciendo señas de asentimiento con la cabeza y levantando el maletín indicándole que el negocio se había realizado y había sobrado.

Justo, anunció a sus amigos, viejos y nuevos:

—Señores, me avisan que nos ha ido muy bien, los invito a celebrar al Hotel Del Prado. —Sin pedir la cuenta, sacó de la bolsa un royo de dinero de altas denominaciones, contó una generosa cantidad que entregó a Quica, diciéndole—: creo que con esto es suficiente, le agradezco sus atenciones es hora de retirarnos y le aconsejo que haga lo mismo, el ambiente se ha ido cargando.

Quica revisó sus apuntes e hizo un rápido conteo de billetes. Levantó la mirada hacia Justo. Con todo su corpachón agradecía la generosidad del caballero. Levantaron manteles, se acomodaron en varios automóviles y se encaminaron a celebrar el gane a la Ciudad de México.

Juan José llegó a donde su padre estaba por abordar el automóvil que lo llevaría a llorar su derrota en la intimidad del hogar. Papá:

—Vendí a la yegua, aquí está el dinero —estiró el brazo con un saco de ixtle con una buena cantidad de dinero.

—¿La vendiste bien? —preguntó con resignación. Parecía que la pérdida de la carrera le había derrotado el espíritu.

—Ve, mucho más de lo que perdimos y de lo que ahora valía la yegua —abrió el saco para que el derrotado padre observara lo que había conseguido.

—Valiente consuelo —replicó Don Alfonso, como una última reconvencción a su hijo menor o a la yegua. Y aun debería soportar la humillación de saber que el dueño de su querida Catrina era Don Justo. Subió al automóvil que lo sacó por fin del carril de su amargura. Pero volvería a ganar y perder, esa era su forma de vida.

Los caballos se retiraron poco después de los espectadores y la mayoría de los puesteros. Llegaron por Quica; quedando unos dos o tres ofreciendo cerveza, licor y comida para unos escandalosos que él tequila tornaba agresivos. Sin saber como El Güero de la Atómica retaba a un espigado joven de características indígenas a hacer una carrera a pie. En poco tiempo se pusieron de acuerdo en la cantidad, las condiciones y la distancia. Y los improvisados comisionistas hacían su labor: “Mil pesos a Texcoco”, “Dos mil al indio”. Poco más o menos una hora después de que terminara la carrera principal, arrancó la del Güero de la Atómica contra el indio de quién sabe donde, en cien varas planas. El Güero de La Atómica, un corredor privilegiado, ganó con mucha ventaja al indio, que aunque corrió descalzo y no era malo, nada pudo hacer.

Con mucho licor trasegado, los perdedores argüían trampa en la salida, los ganadores la defendían. Un

hombre pasado de copas le pegó un empujón al Güero de la Atómica quién mal parado rodó por el suelo a los pies de Domingo el chipileño. Éste lo levantó, encarando al grupo de agresores que se amedrentaron ante la fortaleza del hombre y del hermano Ernesto un poco menos musculoso que sin esperar explicaciones empezó a tirar golpes.

A cada puñetazo, los chipileños derribaban a un contrincante. Sonó un disparo y Domingo, sacó la pistola veintidós que traía en la bolsa del pantalón; alguno de los propios amigos, dicen que era el Cabezón dueño del cine, le tomó de la mano para evitar un desastre; una bala se disparó penetrándole el muslo y Domingo que se fue al suelo. Al aparecer la sangre, los del grupo del indio se subieron apresuradamente a sus autos alejándose de la escena; Ernesto levantó en vilo a su hermano con una ligereza que parecía imposible metiéndolo en el auto de algún acomedido. Los hijos de Ernesto que seguían vigilándolo corrían al Xolache a avisarle a Genoveva, su mamá que habían herido a su tío Domingo.

Con Domingo el chipileño en el hospital y Ernesto en la comisaría, acabó aquél día de San Antonio, la carrera afamada entre La Catrina y El Patas Chuecas.

El Regreso a Casa.

Al otro día en horas de la tarde llegaron a la oficina de Justo, Valente y El Güero con el mismo maletín. La secretaria estaba avisada de pasarlos inmediatamente.

Sin mediar saludos, como si no se hubieran separado, Justo les dijo:

—¡Que susto pasamos! Primero con el Gitano corrido por un inexperto Chamaco y después, por que se quedó en la salida el Patas Chuecas y en cincuenta varas más nos ganan.

A Valente le extrañó el cambio de nombre que le había dado Justo. Y Le respondió:

—El viejo Masín, El Chuy y su hermanito El Coyol nos hicieron sufrir. Pero amigo, quién más nos hizo temer fuiste tú. Te encaprichaste con la yegua.

—Pero ya es nuestra. Y por cierto ¿quién la negoció? Merece un premio —preguntó Justo.

—Pues vas a tener que hacerlo, me dijo que el llegaría a cobrarte.

—¿Pero quién fue, que además me conoce? ¿Y por qué le dijiste que yo era el interesado?

—Me pareció que si sabía que eras el interesado iba a poner más empeño. Y quién la negoció fue el español que vimos aquella vez en la cantina de Texcoco.

—¡No me digas que Dionisio!

—El mismo. Y nos regresó dinero mira —Valente vaciaba el maletín desparramando el dinero sobre el escritorio— ya están cubiertos los gastos. El dinero casi nos lo triplicaron la pareja del Coyol y El Gitano, y lo multiplicamos con Chuy y El Clavileño y queda lo del compromiso que mañana va a retirar El Güero. Como dijo Dionisio, hicimos la chica.

—Una victoria no tiene precio —apuntó filosóficamente Justo. Agrega un poco de dinero a los muchachos, lo demás es para ustedes.

—¿Y para ti? —Interrogó extrañado Valente.

—La yegua... La catrina —confirmó Justo.

—Nosotros no metimos dinero en ello —aseguraba Valente señalándose junto con El Güero.

—Si haces cuentas, al final me costó mucho menos de lo que vale. Lo que no tiene precio es el sabor agridulce de la victoria.

—¿Por qué agridulce? Patrón —se atrevió a preguntar El Güero.

—Al pasar el Patas Chuecas por la raya apenas le llevaba poquito más de medio cuerpo e iba perdiendo terreno.

—Usted me va a disculpar patrón —prevenía la contradicción a su socio— su yegua jamás le ganará a nuestro caballo, El Clavileño es de los que se mueren en la raya; es que usted no ha vivido con él —replicó El Güero con su voz chillona—. Ahora tenemos que ver que vamos a hacer con él. Vio como lo reconocieron al final de la carrera, nadie se atreverá a enfrentarlo.

—Ya está decidido. Si convienen que este dinero que nos ha dado —señalando hacia el escritorio— y el que van a cobrar mañana, es suficiente para cubrir el costo actual del caballo, véndanmelo.

—Justo, la mitad del caballo es tuyo y por supuesto que aceptamos. ¿Pero qué vas ha hacer con él? —preguntó Valente.

—Un favor más Valente. Lleven al Clavileño al titular de este cheque —Justo alargaba un documento a Valente—. Lo entregas como pago adelantado del costo de una vejez honorable para quién nos ha dado tanto.

Valente leyó el nombre del titular en el cheque y contestó con convicción.

—Será un placer para nosotros Justo —respondió Valente con un tono que no escondía la admiración que le tenía al socio.

—De paso dejás a La Catrina en el Rancho, la dedicaremos a la cría.

A los pocos días, el elegante automóvil de Valente entraba en un ranchito del norte de Tamaulipas seguido por un camión con un caballo. El Güero bajó del automóvil tocando la puerta de la casa y preguntado a una niña de unos doce años que salió a atender la puerta:

—Está la señora.

—Mamá, mamá unos señores te buscan y traen un caballo grandote en un camión.

Una dama vestida con pantalón y botas vaqueras salió a enterarse de la extraña visita, pasando la mano por el hombro de la niña que vestía de la misma manera.

La señora reconoció inmediatamente al interlocutor saludando:

—Valente, que milagro. Les presento a mi hija, Lupita.

—Mucho gusto respondió con coquetería la niña.

—Mucho gusto —respondieron Valente y El Güero.

—Pasen a tomar un café y hablamos de viejos tiempos.

La niña no le perdía vista al caballo del camión. Y jalaba a la mamá del pantalón para llamarle la atención. Valente sin esperar más, sacó de la bolsa de la camisa un cheque que entregó a la señora diciéndole:

—Justo le envía al caballo —Valente señalaba al camión— y este encargo con la recomendación de darle una vejez digna a ese viejo.

Hasta ese momento Angelita puso atención a un caballo que resoplaba y manoteaba cada vez más impaciente.

—¡Haga algo mamá! ¡El caballo se va a lastimar! —apremiaba angustiada la niña.

Recibió el documento que observó sin dar crédito a sus ojos, se dirigió apresurada al camión con un presentimiento y unos ojos que empezaban a hacer agua, adelantada por su hija que se encaramó en las redilas del vehículo acariciando un lucero apenas visible en la ancha frente del caballo, que inmediatamente se tranquilizó respondiendo a las caricias de la niña con sonidos guturales y acariciándole el brazo con sus belfos.

—Hija, es Clavileño que vuelve a casa.

GLOSARIO DE MEXICANISMOS Y GIROS EN EL USO DEL LENGUAJE.

A la jineta. Manera de montar a caballo, con los estribos cortos y las piernas dobladas aunque verticales a partir de la rodilla. En el texto se usa para indicar que calificar a la mujer de buena jinete.

ALAMBRÓN nombre familiar que se a la varilla de construcción de hasta 6,25 mm de grueso.

ALBOS adjetivo para identificar las patas blancas de las cabalgaduras. Una albo trasero una pata trasera blanca; cuatro albos, una caballo o yegua con las cuatro patas y cascos blancos.

Al convenir. Una manera de salida en carreras de caballos en la que los jinetes mandan a la cabalgadura cuando lo creen adecuado.

ALAGARTARSE separar el caballo las patas hacia fuera para facilitar la monta al jinete. En el texto, estirarse el caballo con gran amplitud y fuerza al iniciar la carrera.

ALAZÁN, NA caballo o yegua de color canela. Se suele acompañar con nombres como tostado, cuando el color es canela oscuro.

AYATE tela de cabuya o maguey de maya grande de entre uno y dos metros cuadrados.

Baja el quinto. Los cronómetros para medir tiempos en carreras de caballo están señalados en quintos de segundos. Bajar el o los quintos se dice cuando el caballo desarrolla velocidades extraordinarias.

BARBACOA Carne cocinada en un hoyo abierto en la tierra. En el texto carne de borrego.

Boquetear. Cuando un caballo gana por más de un cuerpo. La distancia en que se gana una carrera se mide en cuerpos de caballo: una nariz, una cabeza, medio cuerpo, dos cuerpos.

BOTANA Méx. Guat. Tapa, aperitivo, comida para picar.

BOTINERO caballo o yegua con los extremos de las patas de color negro.

BRAGADO familiar, se dice de la persona muy valiente.

Clavado de agujas. Se dice del caballo cuya altura a la cruz es inferior a la altura de las ancas.

CACHADA golpe dado con la punta de un trompo en la cabeza de otro. Se usa en el texto como descubierto in fraganti.

CAPULÍN (o CAPULÍ) (*Prunus capuli*) Árbol de la familia de las rosáceas de hojas alternas y lanceoladas, flores blancas y fruto en drupa rojiza. De color negro.

CARONA trozo de tela gruesa y acolchada que se coloca entre la silla y el sudadero para evitar rozaduras en las caballerías.

CUBILETE vaso de diferentes materiales, generalmente cuero que se usa en el juego de dados. El juego de dados se acompaña con expresiones como pitos por ases, números cuando salen números, reyes, reinas; pachuca cuando todos los dados muestran diferentes figuras.

CHINACO, CA gente pobre. En el texto se usa para definir una vestimenta usada por la gente de campo en tiempos de la independencia de México.

CHITERO vendedor de carne de cabra cocinada a la barbacoa.

CHIPILO nombre de un poblado en el estado de Puebla Méx., que fu cedido a emigrantes italianos. A los nativos de ese pueblo se les dice chipileños.

FORRAHERO, RA adj. se dice de los pastos útiles para forraje. En el texto se usa como tienda que vende forrajes.

FORTINGO automóvil de marca Ford pasado de moda.

GAMARRA bozal finamente acabado con hilo de cáñamo que se usa sobre el freno y facilita el manejo de las cabalgaduras.

HORMIGO caballo o yegua de color de una hormiga roja. Usualmente son botineros.

INDIANO, NA se aplicaba al que había echo fortuna en América y regresaba a España (siglos XIX y XX).

LA SANTINA. Nombre familiar que se da en Asturias a la Virgen de Covadonga.

MADRINA se usa para describir al caballo que se usa para asistir en las labores del caballo principal.

MATALOTE adj. y com. Se dice de caballería enjuta y endeble.

Mero mole. Expresión que indica que está en su máximo potencial.

OTATE Méx. Una especie de bambú macizo.

ÓRGANO planta cactácea cuyas hojas se asemejan a los tubos de un órgano musical.

PALIACATE pañolón de manta profusamente estampado que usan quienes montan a caballo atado al cuello.

Poner el cuatro. Poner una trampa, asaltar a campo abierto en los cruces de caminos.

TLACOYO tortilla gruesa de maíz rellena de puré de frijol, haba, amaranto etc.

Tomar querencia. Se dice del caballo que se identifica y busca un lugar especial.

RAJAO calificativo que se da a alguien miedoso.

Rienda falsa. Bozal ajustado con riendas gruesas que se usa antes que el freno para empezar a educar a los caballos.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN:
LOAIZA Impresión digital.
Tel: 551-6580. Fax: 552-3844
Cartago Costa Rica.
Correo electrónico: loaizaimpresion@gmail.com
EN NOVIEMBRE DE 2006.